FERNANDO PONTES

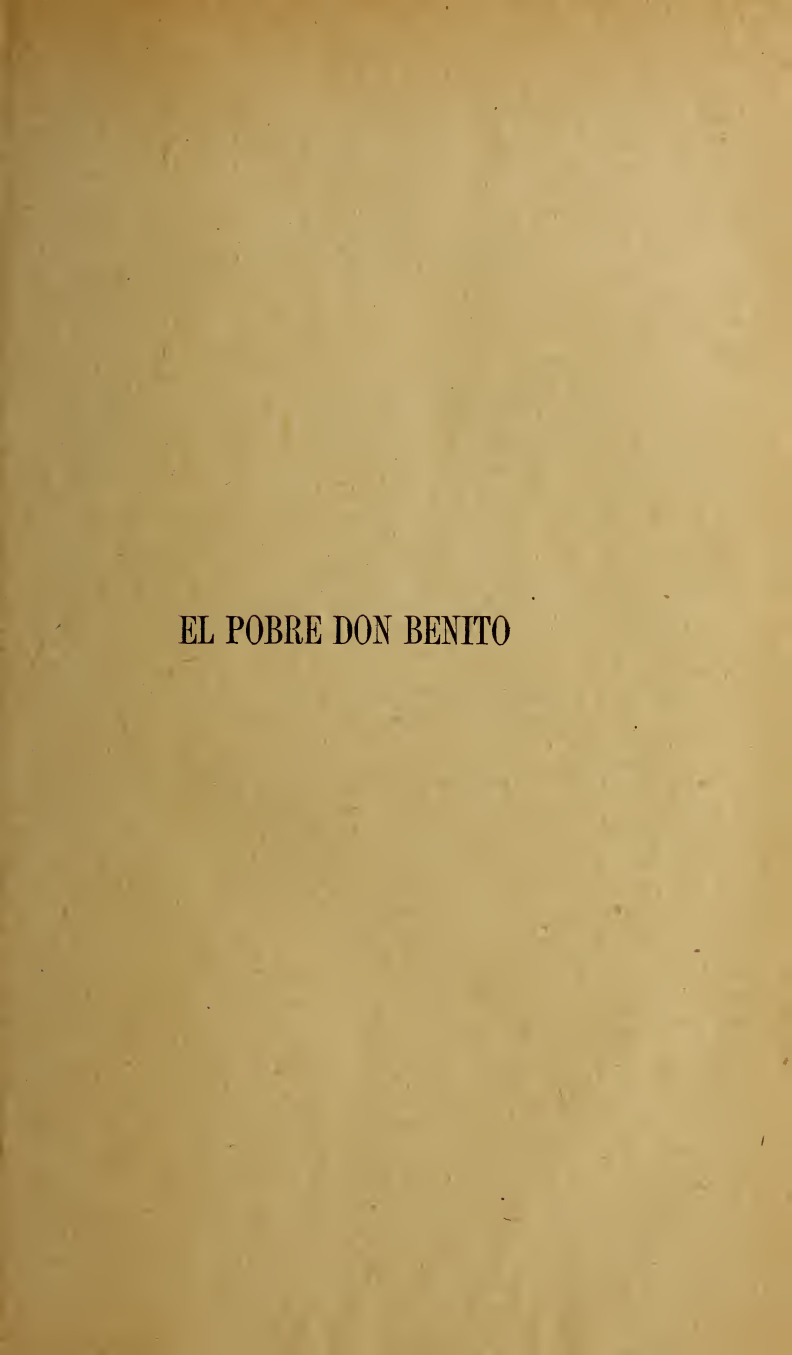
EL POBRE DON BENITO

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

Precio: 2 pesetas.

MADRID
Sociedad de Autores Españoles.
Núñez de Balboa, 12.

1914



EL POBRE DON BENITO

EL POBRE DON BENITO

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

FERNANDO PONTES

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid,
la noche del 27 de Noviembre de 1913.

MADRID

Imprenta de Ricardo F. de Rojas.

Torija, 5.—Teléfono 316.

—

1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ALICIA	SRTA.	TORRES.
MARCELA OPIÁÑEZ	SRA.	ESCOBAR.
PAULINA SANTARÉN	SRTA.	LAGAR.
DOÑA SEVERA ORTIGUERA	SRA.	BERMEJO.
DOÑA CARLOTA, madre de Paulina y hermana de Doña Severa	SRTA.	ESTER.
DOÑA PURA, viuda de Reneque		GARCÍA.
LUISA, su hija		MEDINA.
UNA DONCELLA		SATORRES.
EL POBRE DON BENITO	SR.	PUGA.
DON BASILIO ORTIGUERA		ADAME.
MANOLO SANTARÉN		MAXIMINO.
EL DOCTOR OPIÁÑEZ		VIÑAS.
JACINTO, pollo litri		POVEDANO.
MOZO 1.º		GIL.
IDEM 2.º		SATORRES.



ACTO PRIMERO

Gabinete-despacho en casa de D. Basilio. Dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. Dos ventanas practicables al foro, y delante de una de ellas, la mesa donde trabaja D. Benito.

ESCENA PRIMERA

DON BENITO, luego MANOLO.

Don Benito, sentado á la mesa, consulta un gran libro abierto sobre un atril y luego escribe los datos.

Benito. (Recorriendo el libro con el índice.) Por vinos... por vinos... ¡Ah! Por vinos: noventa mil y un pico... (Escribe.) ¡Hum! Hay baja. (Consultando.) Quincalla... quincalla... trescientas mil cuatrocientas setenta y siete con setenta y siete céntimos. (Escribe.) ¡Subimos! (Consulta.) Granos... granos... ¡Ah! Granos: ciento trece mil. ¡No andamos mal de granos!... Gallinas y otras aves de corral... (Entra Manolo por la derecha.)

Manolo. ¡Don Benito!

Benito. (Se levanta, mira por las puertas, va hacia Manolo y le abraza.) ¡Manolo de mi vida!

Manolo. Me asustas, Benito.

Benito. Hay para ello.

Manolo. ¿La has visto? (D. Benito afirma con la cabeza.) ¿La has dicho? (D. Benito afirma.) ¿Se convenció? (D. Benito niega.) ¿Qué hizo? (D. Benito imita la embestida de un toro.)

Benito. Se puso hecha un toro bravo.

Manolo. La habrás visto recién comida; se me olvidó advertirte...

Benito. ¿Dispepsia?

Manolo. *Champán;* Alicia todo lo come con *Champán;* hasta la ensalada.

Benito. Y á los postres se le pone el carácter *gaseoso.*

Manolo. Se pone temible.

Benito. Pues hoy me ha soltado á mí el chorro.

Manolo. ¡Pobre Benito! Pero ¿qué quiere esa mujer? (D. Benito se encoge de hombros.) Ayúdame, Benito; aconséjame.

Benito. Yo hice lo posible; no estoy ya para estas cosas ni para sufrir disgustos; hoy estoy atroz; una *pirosis* y un...

Manolo. Tú tienes ideas.

Benito. Yo no tengo ideas; tu tio siempre me lo está diciendo: El pobre D. Benito no tiene ideas.

Manolo. ¡Qué sabe mi tio!

Benito. ¿Que no tengo ideas? El pobre Benito es el brazo que ejecuta; la mano que escribe...

Manolo. Déjate de todo eso, y ayúdame; mi matrimonio comprometido, el escándalo, mi prima....

Benito. A mí por ahora no se me ocurre nada; tú eres ingenioso; discurre; serénate...

Manolo. Me ahogo...

Benito. Pero...

Manolo. Déjame...

Benito. (Apartándose.) Corriente.

Manolo. Aire..., oxígeno...; abre, hombre, abre... (Cada uno abre una ventana.)

Benito. Corriente.

Manolo. Las dos no, que hay corriente.

Benito. (Cerrando una.) ¡Corriente!

Manolo. Vamos; cuéntame con detalles tu entrevista con Alicia.

Benito. En cuatro palabras. Primero se puso furiosa; después, lloró; al fin se tranquilizó un poco; traté de hablarle al alma; ¡esa mujer no tiene alma! Intenté despertar su amor propio; ¡esa mujer no tiene amor propio! Le busqué todos los resortes; ¡esa mujer no tiene resortes! Pero lo gordo llegó cuando le dije que te casabas dentro de cinco días; furiosa y en actitud de morder, juró por los diez dedos de sus blancas manos puestas en cruz ¡que no te casarás!

Manolo. ¡Será capaz!...

Benito. De todo, Manolo, de todo; créeme. Esa mujer viene aquí; ¡ya lo creo que viene! Dijo que eres un mal caballero; que desapareciste una tarde sin decir palabra... y ¡hasta hoy!

Manolo. ¡Claro! Desde el día que descubrí que amaba á mi prima Paulina.

Benito. Rectifico, Manolo; si en cuanto descubriste que amabas á Paulina hubieras cortado tus relaciones con Alicia...

Manolo. No tuve valor; creí que sería menos violento romper poco á poco...

Benito. Como todos los varones de tu familia; falta de resolución; no servís más que para los negocios. Eso nos pierde; en el último retrato que dedicaste á tu... á tu..., bueno, á Alicia, en que, por cierto, estás bastante feo...

Manolo. Gracias.

Benito. Hay el siguiente renglón, de tu puño y letra, que cruza á la altura de los bolsillos del chaleco: «Tuyo, tuyo para siempre. A mi único amor, su Lolo —15 Julio 913.» (Escandalizado.) ¡15 Julio 913! ¡Y ocho días antes habías pedido la mano de Paulina! ¡Eres una veleta *erotómana!*

Manolo. ¿Cómo no has recobrado á toda costa ese retrato?

Benito. No lo suelta; quiere entenderse contigo en persona. Dijo que vayas á verla.

Manolo. Imposible. Frente á su casa se han mudado las de Reneque; madre y siete hijas; guardia permanente en el balcón.

Benito. Vé de noche.

Manolo. La mayor pela la pava hasta la madrugada y es amiga íntima de Paulina; figúrate si aprovecharía la ocasión de darla un disgusto.

Benito. Escéptico estás.

Manolo. Te juro, Benito, que si mi novia se entera, si Paulina rompe nuestra boda por esa mujer, soy capaz de todo; me volveré loco; me perderé.

Benito. Loco perdido.

Manolo. Necesito discurrir, concertar el pensamiento... Se me van las ideas... Cierra, hombre cierra...

Benito. Corriente. (Cierra la ventana.)

ESCENA II

DON BENITO, MANOLO, DOÑA CARLOTA, PAULINA por el foro izquierda.

Paulina. (Dentro.) Sí, sí; esperaremos.

Carlota. (Dentro.) No tenemos prisa.

Benito. ¡Doña Carlota! (Se sienta y finge que escribe.)

Manolo. ¡Paulina! (Se sienta y abre un periódico.)

Benito. «Gallinas y otras aves de corral»...

Carlota. Muy buenas tardes.

Benito. Mi señora Doña Carlota... (Todos se saludan.)

Paulina. ¿Y la tía Severa?...

Benito. Por dentro anda; ocupada con los preparativos del *lunch*...

Carlota. (A D. Benito.) Usted, como siempre, trabajando... (Don Benito sentado á la mesa. Doña Carlota próxima á él. Al otro lado de la escena, Manolo y Paulina.)

Benito. ¿Qué quiere usted que haga? Don Basilio tiene reunido en su despacho el Consejo de la Compañía; asi que he tenido que venir aqui á trabajar.

Carlota. ¿Y qué es ello?

Benito. Don Basilio quiere conocer un avance de los ingresos de este semestre por mercaderias, comparados con los del año pasado, y estoy preparando el cuadro.

Carlota. Ya; del ferrocarril de Navas del Verde á Paredes de Abajo.

Benito. Si, señora.

Manolo. (Aparte á Paulina.) Has tardado mucho; llevo aquí una hora.

Paulina. Hemos tenido muchas visitas; las de Molinillo..., las de Reneque... (Mirándole con intención.)

Manolo. ¿Las de Reneque?

Paulina. Si. (Pausa.) Dime, ¿á quién conoces tú en la calle del Factor?

Manolo. (Sofocado.) ¿Yo? A nadie; digo, si; á las de Reneque; á Luisita.

Paulina. No; enfrente de su casa.

Manolo. ¿Enfrente? No, pues no recuerdo...

Benito. (Aparte.) Las de Reneque son de la policía.

Carlota. Le ha dicho á ésta Luisita que estuvieron dos veces á ver el cuarto antes de mudarse, y las dos veces te vieron salir del portal de enfrente.

Manolo. Esa señorita debe tener muy poco en que ocuparse.

Carlota. Paulina, no seas imprudente; los hombres son muy reservados.

Paulina. Pero cinco dias antes de casarse no tienen derecho á serlo con su novia.

Manolo. (Levantándose sofocado.) ¡Benito!

Benito. ¡Corriente! (Cada uno abre una ventana.)

Carlota. (A Don Benito.) Y, ¿es satisfactorio el balance? Yo tengo acciones de ese ferrocarril.

Benito. Hay alza en algunas partidas y baja en otras.

Carlota. A ver...

Benito. Examinando este cuadro comparativo, se ve que subimos por aceite; bajamos por vino; volvemos á subir por conservas alimenticias; luego bajamos en cueros...

Carlota. (Estornuda.) Cierre usted esas ventanas, hom-

bre de Dios. (Cierran las ventanas D. Benito y Manolo.)

Benito. (Sentándose otra vez.) ¿Íbamos?

Carlota. En cueros.

Benito. Pues en seguida bajamos otra vez por mantas, y la siguiente casilla nos da una sorpresa: vemos que por gallinas nos ha crecido considerablemente el pico. Ya ve usted, Doña Carlota, que este estado nos ofrece un poco de todo.

Carlota. Pero... ¿en globo?

Benito. ¡Ah! En globo, subimos.

Manolo. (Aparte á Paulina.) Si buscas un pretexto para que regañemos...

Paulina. (Aparte á Manolo.) No es pretexto; cada vez me convenzo más de que hay faldas por medio.

Manolo. (Aparte á Paulina.) Paulina...

Paulina. (Aparte á Manolo.) No me vuelvas á dirigir más la palabra, porque no te contestaré.

ESCENA III

DOÑA CARLOTA, PAULINA, MANOLO, DON BENITO, y DOÑA SEVERA por el foro derecha.

Severa. Perdonad, hijas; os hice aguardar mucho tiempo.

Carlota. Pero en buena compañía. (Las mujeres se besan y toman asiento á la derecha.)

Manolo. (Aparte á D. Benito.) ¿Has oído? Se impone «el crimen de la calle del Factor».

Benito. (Aparte á Manolo.) Tranquilidad.

Manolo. (Aparte.) Es necesario que vuelvas á ver á Alicia.

Benito. (Aparte.) Pero Manolo...

Manolo. (Aparte.) Está cerca; no hay tiempo que perder. Convéncela.

Benito. (Aparte.) ¿Y si no se deja?

Manolo. (Aparte.) Te autorizo para que la mates...

Benito. (Aparte.) ¿Y si le dura el *champán?*

Manolo. (Aparte.) O regañamos para siempre. (Se aproxima al grupo de las señoras.)

Benito. (Aparte.) ¡Cuándo podré vivir tranquilo!

Severa. (A D. Benito.) ¿Aún no ha salido Basilio de la Junta?

Benito. No, señora.

Carlota. Basilio siempre tan atareado.

Severa. Así disfruta; los hombres son para los negocios.

Carlota. ¿Y sin pensar en volver á casarse?

Severa. Ni yo se lo consentiría. Bastante sufrió en su primer matrimonio por no haberme hecho caso. No todos los hombres son bastante afortunados para tener á su lado una madre ó una hermana mayor que les aconseje; los hombres no entienden nada de mujeres. (Suenan tres golpes de un timbre eléctrico.)

Benito. Me ha dado tres golpes; es á mí; vamos á ver qué quiere. (Mutis izquierda.)

ESCENA IV

LOS MISMOS, menos DON BENITO.

Carlota. Este D. Benito es vuestra Providencia.

Severa. Es un hombre utilísimo... ¡y tan servicial!... Basilio le quiere mucho; está satisfechísimo de haberle traído de la estación de Villalta, donde le tenía colocado hace mucho tiempo.

Carlota. Sirve para todo.

Manolo. Es cierto; él lleva los libros del tío Basilio.

Carlota. Y ayuda á la cocinera.

Manolo. Y tiene un ojo de primera para la Bolsa.

Severa. Y hace unos mondadientes primorosos.

Manolo. Eso me recuerda la frase del tío Basilio· «Benito es una rueda dentada que engrana con todos los de la familia».

Paulina. ¡Pobre D. Benito! ¿Y esa gran rueda dentada no ha encontrado una ruedecita con quien formar engranaje matrimonial?

Manolo. El pobre tenía todos los dientes ocupados.

Paulina. ¡Qué gracioso! (Irónica.)

Manolo. No todos encuentran unos piñoncitos como los tuyos.

Paulina. (Aparte, volviendo la espalda.) Si crees que me vas á contentar con zalamerías...

Carlota. Hubiera sido un marido modelo...

Manolo. No le gustan las mujeres; dice que todas tienen mal carácter.

Severa. Pues yo sé por Basilio, que le conoce hace muchos años, que hubo un tiempo en que le gustaban todas; si conservase las calabazas que ha recibido en su vida, podría montar una fábrica de dulce de cabello.

Paulina. Todos los que hablan mal de las mujeres, suelen tener los mismos motivos. (Con énfasis.)

Severa. ¡Los hombres no entienden nada de mujeres!

ESCENA V

LOS MISMOS y DON BENITO por la izquierda.

Benito. Ya está terminando la reunión.
Carlota. De usted hablábamos.
Benito. Mal, de seguro. Ustedes no me quieren...
Carlota. Decíamos que es usted insustituible, incansable.
Benito. ¡Ah, señora! Incansable, no; buena voluntad y deseo de servir á quienes tan buenos han sido para mí, eso sí, lo tengo en grado superlativo; pero crea usted que esta vida no me sienta; yo sueño con una existencia plácida; una casita en el campo, una huerta, donde quepan mis calabazas...
Paulina. (Aparte.) ¡Ambicioso!
Benito. Una ocupación poco apremiante, para no aburrirme, y un río cercano, donde poder echar el anzuelo.
Carlota. ¿Es usted pescador?
Benito. Señora, me viene de casta; en casa de mis padres no había más conversación que la de los peces.
Manolo. No sería muy animada.

ESCENA VI

LOS MISMOS, DOÑA PURA y su hija LUISA, UNA DONCELLA.

Doncella. (Por el foro izquierda.) ¡Señora! La señora viuda de Reneque.
Manolo. Pero ¿estaban invitadas al *lunch?*
Severa. No. (A la doncella.) ¿Viene sola?
Doncella. Con la señorita Luisa.
Severa. ¿Ha dicho usted que estoy en casa?
Doncella. Sí, señora.
Severa. Pues que pasen, que pasen. (Mutis doncella.) ¿A qué vendrán?
Manolo. (Aparte.) A molestar; á molestar. (Entran Doña Pura y Luisita por el foro izquierda. Mucha animación.)
Severa. ¡Jesús, cuánto bueno viene!
Paulina. Luisita... ¡qué alegría! (Se besan las mujeres con rapidez y mucho ruido y después se sientan. Los personajes estarán colocados en el orden siguiente, de derecha á izquierda del actor: Paulina y Luisita,

juntas; en el centro de la escena, Doña Carlota, Doña Pura y Doña Severa; junto á la mesa, Manolo, entretenido con algunos periódicos, y D. Benito, escribiendo.)

Pur. y Lui. (Dirigiéndose hacia distintos personajes.) Venimos á...

Pura. Dilo tu.

Luisa. Tú.

Pur. y Lui. (Como antes.) A molestar. (Pausa corta. Luego ríen las dos.)

Severa. ¡Jesús!

Pura. Es como cuando dos personas se encuentran y empiezan á bailar hacia los lados, coincidiendo siempre.

Luisa. Es verdad.

Carlota. No es extraño.

Pura. Pues veníamos á molestar á D. Basilio con algunas consultas.

Severa. Siento que esté ocupado; tiene una junta... Pero aquí tiene usted al pobre D. Benito, que es lo mismo.

Benito. Estoy á sus órdenes.

Pura. (Se levanta y va á sentarse junto á la mesa.) Prepárese usted, porque traigo una lista, que ni la de Navidad.

Severa. Con su permiso; tengo que dar órdenes. .

Pura. ¡Ah!, no se ocupe usted de nosotros.

Carlota. No faltaba más, hija.

Severa. De paso veré si puede salir Basilio un momento para saludarlas. (Mutis Doña Severa por la izquierda.)

ESCENA VII

LOS MISMOS, menos DOÑA SEVERA.

Paulina. (A Luisita, mientras Doña Pura y Benito hablan bajo.) ¿Y no le han vuelto á ver entrar en esa casa?

Luisa. No.

Paulina. ¿Cómo averiguar quién vive allí?

Luisa. Se lo pregunté á mi novio, á Jacinto, y me contestó que no me metiese en donde no me llamaban. En los primeros pisos viven los vecinos de antes; el tercero, que estaba desalquilado, ya no tiene papeles, pero no se asoma nadie ni se abren las persianas; dicen que hay un enfermo... (Continúan su conversación en voz baja.)

Benito. (De pie, echa bicarbonato en la copa y lo mueve con

la cucharilla. Aparte.) ¡Vaya un escote que se trae esta señora!

Pura. ¿Qué toma usted?

Benito. Bicarbonato; tengo el estómago perdido. Y ¿á cuánto asciende esa cantidad que quiere usted colocar?

Pura. Treinta mil pesetas.

Benito. Veremos el listín de la cotización de hoy... ¿Dónde le puse? ¡Ah! Aqui. (De pie junto al balcón y á la espalda de Doña Pura.) Cuatro por ciento perpetuo interior..., fin corriente..., próximo... (Mirando hacia el escote de Doña Pura. Aparte.) ¡Pero qué barbaridad! Cómo les gusta á estas viudas lucir el escote y... qué bien está esta señora de escote...

Pura. (Sin volverse.) ¿Qué mira usted?

Benito. El interior.

Pura. ¿Cómo está?

Benito. Muy alto y por ahora bastante firme. Yo compraría Bancos.

Pura. Es lo más descansado.

Benito. Y lo que menos oscila. Además, le tengo antipatía al cuatro por ciento perpetuo; por él estoy así; con estas *pirosis* y estas... Yo tenía una fortunita pequeña en ese papel, que me hubiera asegurado el pan de la vejez; pero mi agente se escapó llevándoseme todo el interior. Así perdí el estómago.

Manolo. (Harto ya de hojear ilustraciones.) Estas hablan de mí; voy á cortar la hebra. (Va hacia Luisa y le dirige la palabra en voz baja.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS y DOÑA SEVERA y DON BASILIO, que entran por la lateral izquierda.

Severa. Aqui le traigo.

Basilio. Un momento para saludarles... abrumado... tantos negocios en la cabeza, que ni puedo clasificarlos... Doña Pura... Carlota... Luisa... Paulinita... Manolo... (Dándoles la mano.) Siempre juntos; me halaga... no olvido que yo inicié vuestros amores; ¡feliz iniciativa! Nada me agrada tanto como ver prosperar un negocio lanzado por mí.

Paulina. (Aparte.) Su manía.

Manolo. (Aparte.) Lo de siempre.

Severa. Siéntate.

Carlota. Descansa.

Manolo. (Aparte á Benito.) Ocúpate de Alicia.
Benito. (Aparte á Manolo.) En cuanto pueda.
Manolo. Hay que pararle los pies.
Benito. Si está con el *champán,* cualquiera se los para.
Basilio. Definitivamente, mañana mismo inauguramos el ramal á Paredes; así lo propuse al Consejo, que ha aprobado mi moción. Benito, el Consejo acaba de realizar un acto de justicia: bien... la idea ha sido mia, naturalmente. La estación de Paredes de Abajo es un lugar idílico; sombra...; quietud...; rosales trepadores la adornan; un campo cercado adyacente promete ópima huerta; próximo se desliza el río Verde, abundante en truchas....; la estación necesita un jefe, mejor dicho, un Adán que reinará en aquel paraíso, aislado del mundo, sin otra compañía que las maternales gallinas, los rosales perfumados y dos mozos de estación. Ese Adán será usted, Benito.
Benito. (Conmovidísimo.) ¿Es posible? ¡Mi sueño! ¡Don Basilio!...
Carlota. Don Benito, usted debe de soñar en alta voz.
Severa. Al fin consigue usted la tranquilidad que deseaba.
Benito. Pero, D. Basilio, ¿cree usted que mis aptitudes... La responsabilidad...?
Basilio. No hablemos más de eso. ¿Hizo usted el proyecto de distribución de oficinas en la nueva casa?
Benito. Sí, señor; aquí está el plano. (Le coge de sobre la mesa y se le da.)
Basilio. Veo una habitación sin utilizar...
Benito. Es un desván con goteras..., horriblemente frío, en el tercer piso; una corriente de aire, mortal de necesidad; el que esté allí un minuto, pulmonía segura.
Basilio. ¡Admirable! Ahí colocaremos la oficina de reclamaciones...
Benito. Pero el público...
Basilio. ¡Bah!... ¡el público!... Hay que tener iniciativas, Benito; ¡ideas... ideas! No tiene usted ideas. (A Doña Pura.) Perdone usted esta digresión. ¿De modo que han estado ustedes fuera?
Pura. Hemos veraneado en Pobriño, un pueblecito de la costa gallega; un nido de gaviotas, ¿verdad, niña?
Luisa. ¡Ah! ¡Qué lindo! ¡Y qué casita hemos tenido! ¿verdad, mamá?

Pura. ¡Ah! ¡Qué mona! Y, sobre todo (*Bajando la voz, á Doña Severa.*), nada de gente alegre, de esa que va á San Sebastián y á Biarritz.

Severa. Hoy se las encuentra en todos lados; son de una osadía. .

Pura. ¡Ah! Pero se las conoce en seguida, no sé qué tienen...

Severa. Eso, sí; y que yo tengo un olfato...

Pura. Y yo... á mi pronto me da en la nariz el tufillo...

Severa. A nosotras ya.,.

Pura. Es claro; ya á nosotras... Por lo demás, sólo hemos hecho amistad con un matrimonio atroz de simpático; ¿verdad, niña? Alicia, ella se llama Alicia, se quedó quince días sola mientras su esposo iba á Inglaterra, y estábamos siempre juntas. Una señora tan amable...

Luisa. Y tan cariñosa.

Pura. Y tan divertida.

Luisa. Y tan elegante.

Pura. Y tan guapa. ¿Te acuerdas cómo estaba con aquel traje azul de baño?

Luisa. ¡Ah! ¡Qué linda! ¿Y con la bata que llevaba la mañana que fuimos á sorprenderla?

Pura. ¡Ah! ¡Qué preciosa! ¿Y con aquel traje calado del día de la comida?...

Luisa. No recuerdo.

Pura. ¡Niña! El día de la comida de campo, con aquellos colores que la salieron; ¡la tarde del *champán!*... ¡Ah, qué mona!

Severa. De modo que lo han pasado bien, aunque con poca sociedad.

Pura. Eso, sí; sólo hemos tenido la visita de mi hermano Baldomero. También estuvo unos días Jacinto, el novio de ésta; Alicia simpatizó mucho con él.

Luisa. Tenemos que ir á verla, mamá.

Pura. Pero si cuando llegamos mandé preguntar por ella á las señas que me dió, y dicen que allí no ha vivido tal persona; por fuerza la muchacha equivocó el número.

Luisa. Mejor es que vayamos nosotras una tarde...

Pura. ¡Ah! Y á propósito, D. Basilio. ¿No tendrá usted alguna plaza á mano donde colocar á Jacinto?

Basilio. ¿El novio de Luisita?

Pura. Por supuesto, yo le recomiendo como hijo de una antigua amiga, no como novio de la niña. Más que nada, para que se habitúe al trabajo, sea lo que sea. Usted, con tantos negocios, tendrá muchos huecos.

Basilio. Pero los tengo llenos todos. En fin, veremos en la nueva línea... ¡mándele usted! (Aparte, á Benito) ¿Envió usted la invitación al Doctor Opiáñez?

Benito. Sí, señor.

Basilio. Y... ¿hermana? (Marcando la pregunta.)

Benito. Sí, señor.

Carlota. Vaya; estos señores parece que tienen que hablar.

Severa. Podemos irnos hacia el comedor; tomarán ustedes unos fiambres...

Pura. ¡Ah! Pero ¿reciben ustedes hoy?

Severa. Un *lunch* oficial.

Pura. Si lo hubiéramos sabido...

Severa. No importa; muy honrados... Manolo, da el brazo á Doña Pura.

Basilio. Dentro de un momento iremos hacia allá. (Aparte, á Doña Severa.) Espera un instante; tengo que hablarte. (Mutis foro derecha, Luisa, Manolo, Paulina y Doña Pura. A Benito.) D. Benito, lleve usted ese proyecto al despacho, para que vayan examinándolo aquellos señores. Y tenga usted ideas, hombre. (Mutis Benito por la izquierda.)

ESCENA IX

DOÑA SEVERA, DON BASILIO. Luego UNA DONCELLA.

Severa. ¿Qué se te ofrece?

Basilio. Mira, Severa; va á venir un amigo mío; dignísima persona, á quien el Consejo ha nombrado médico-director de la nueva línea, y deseo presentártele.

Severa. ¿Eso es todo?

Basilio. Todo.

Severa. El asunto no merecía tanto preámbulo; nunca me he comido á nadie, que yo sepa.

Basilio. A veces... te los comes sin darte cuenta.

Severa. Y ¿quién ha propuesto á ese señor?

Basilio. El... el... Consejo.

Severa. (Con ironía.) Observo que te van faltando iniciativas. Y... ¿ese señor... viene solo?

Basilio. Te... te diré. Es como si viniera solo .. (Aparte.) Pero hombre, ¿por qué no he de ser tan valiente aquí como en la Bolsa? ¡Ea, ánimo! (Alto.) Pues sí, señora; viene con su hermana.

Severa. ¡Ah, vamos! Alguna solterona en busca de acomodo.

Basilio. Es viuda y joven.

Severa. Y sería capaz de faltar á su esposo...
Basilio. ¡Severa!
Severa. Casándose otra vez. ¡Qué moralidad!
Basilio. Pero si no...
Severa. Nada, que sacándote de tus negocios y tus números, no piensas más que en disparates. Gracias á que soy tu hermana mayor y á que sé muy bien lo que son las mujeres. Pero tenemos solas á aquellas señoras. ¿Vamos al comedor?
Basilio. Sí, hija, sí; yo voy á donde tú quieras. (Aparte.) Esto de que he de tener doble naturaleza... yo preferiría tener una naturaleza simple. (Mutis los dos por el foro derecha.)

ESCENA X

UNA DONCELLA, EL SEÑOR OPIÁÑEZ
y su hermana MARCELA.

Todos por la izquierda. Opiáñez habla siempre enfáticamente.

Doncella. Hagan el favor de sentarse y esperar un momento; voy á anunciarles. (Mutis por el foro derecha.)
Opiáñez. Supongo, Marcela, que esta invitación no ocultará nada que atente á la memoria de tu difunto esposo. Mi deber es velar por ti y evitarte un mal paso.
Marcela. No soy una niña.
Opiáñez. Afortunadamente, tienes á tu lado un hermano mayor que te guíe. Las mujeres no entienden nada de hombres. Yo soy hombre de asiento, y quiero que mi hermana sea mujer de asiento. Sentémonos. (Ofrece á Marcela una silla y se sientan de espaldas á la puerta de la derecha.) Te digo esto, porque repetidas veces noté en aquella fonda que existían ciertas inclinaciones entre D. Basilio y ..
Marcela. Calla... que ya vienen. (Rápidamente se levantan para recibir á los amos de la casa. Al entrar la doncella hacen un saludo, que ella devuelve muy asombrada. Luego hace mutis por la izquierda. Los dos hermanos se miran desconcertados por la plancha.)
Opiáñez. ¡No sé por qué te has levantado!
Marcela. Me parece que también tú... (Vuelven á sentarse como antes.)

ESCENA XI

LOS MISMOS; DOÑA SEVERA y DON BASILIO. Entran por la derecha DOÑA SEVERA y DON BASILIO sin que se enteren MARCELA y OPIAÑEZ.

Opiáñez. Esto es una inconveniencia...
Marcela. No, es culpa de la chica.
Basilio. ¡Ejem!... ¡ejem! ..
Opiañez. Debían andar los criados de otro modo.
Marcela. Eso es; con un cascabelito, como el gato.
Basilio. ¡Ejem! .. ¡ejem!...
Severa. Más fuerte, hombre. ¡Ejem!... ¡ejem!... (Tosiendo fuerte. Al oirlo se levantan Marcela y Opiáñez.)
Basilio. Señora... Mi querido doctor...
Opiáñez. Don Basilio...
Basilio. Severa, tengo el placer de presentarte á los señores de Opiáñez...; mi hermana...
Severa. Tanto gusto... (Se saludan y se sientan.)
Basilio. (A Severa, por los Opiáñez.) Nos conocimos el año pasado durante un viaje El doctor es una especialidad en las enfermedades nerviosas.
Opiáñez. Que es decir todas las enfermedades del dia, porque todas provienen de la excitación propia de la vida moderna...
Basilio. Doctor..
Opiáñez. Todos neurasténicos; mi hermana es un ejemplo; en esta época del automóvil, todo lo queremos hacer á la cuarta velocidad; la vida asi no se prolonga lo debido; yo he prohibido terminantemente á mi hermana que se agite.
Severa. Tiene usted razón; el automóvil es una invención del diablo.
Opiáñez. La ciencia no admite la realidad del diablo; yo creo que eso del diablo es una invención del demonio, que agita el sueño de las señoras.
Basilio. ¡Qué remedio, doctor!
Opiáñez. Mi plan, D. Basilio. Calma espiritual; tranquilidad moral; reposo material.
Severa. No está mal.
Opiáñez. Este plan se completa con mi «Morfeina», calmante y soporífico irresistible; usted habrá oido hablar del soporífico Opiañez...
Severa. ¡Ah! ¿Es usted?
Opiáñez. El inventor, señora mia. No hay neuralgia ni cefalalgia que resista; no hablemos del insomnio...

Marcela. (Impaciente.) Estos señores...

Opiáñez. Calma, Marcela, calma. Ha llegado el momento de decirle á D. Basilio que recibimos su invitación.

Basilio. Les guardaba una sorpresa. El Consejo ha nombrado á usted Médico-Director de la línea de Villalta á Paredes de Abajo, que se inaugurará pasado mañana, y cuyo acto festejamos hoy con un modesto *lunch*.

Opiáñez. (Emocionado.) Señor D. Basilio... (Se levanta.) Me siento... (Se sienta.) Me levanto...

Basilio. Calma, Doctor, calma...

Opiáñez. Es decir, me levanto para darle las gracias y me siento conmovido.

Basilio. Siéntese. Con seis mil pesetas de sueldo.

Opiáñez. Crea usted que me llegan... que me llegan al alma sus bondades.

Basilio. Y ahora, señores, al comedor, si lo desean...

Opiáñez. Con mucho gusto, señora.

Marcela. (Del brazo de D. Basilio, y saliendo detrás de la otra pareja, dice aparte á D. Basilio.) Gracias, Basilio. Supongo que la idea habrá sido de usted.

Basilio. ¡Es mía! (Aparte.) ¡Es mia! ¡Hoy se me rinde! (Alto.) ¡Naturalmente! Pero, calma, calma, como dice su soporífico, digo, su hermano. (Mutis los cuatro por la derecha.)

ESCENA XII

PAULINA por donde hizo mutis. Luego MANOLO por el mismo lado.

Paulina. (Mirando desde la puerta.) No está aqui... ¿Dónde encontrarle?... Estoy segura de que Don Benito me dirá la verdad... Tal vez por este lado... (Va hacia la puerta del otro lado de la escena.)

Manolo. (Por donde hizo mutis. Viendo á Paulina, dice aparte.) Sola. Ahora no se me escapa. (Alto.) Paulina. (Desde el centro de la escena.) No; no sales de aquí sin que hagamos las paces; este disgusto no puede tener consecuencias, no debe tenerlas. Tú eres razonable. (Paulina hace gestos negativos.) ¡Bah! Yo digo que sí. ¿A qué viene esto, cuando dentro de cinco días seremos marido y mujer? (Gestos de Paulina.) ¿Quieres décir que no serás mi mujer? No pienso como tú. Tú me quieres... (Gestos de Paulina, que pasa al otro lado.) Y por eso estás celosa. (Gestos despreciativos de Paulina.) Y por eso no

me respondes. Las grandes pasiones son mudas. Vamos, Paulina; si yo te juro, puesta la mano sobre el corazón, que no amo á otra mujer, que no puedo pensar en otra mujer, porque tu imagen, tu recuerdo, llenan todos los instantes de mi vida. ¿Dudas de mí, Paulina? (Pausa. Aparte. Nunca la he visto callada tanto tiempo. (Alto.) Bien; esto es lo que se llama empujar á un hombre hacia el precipicio. No llores después las consecuencias; no acuses á nadie más que á ti propia; buscaré un corazón más cariñoso; unos ojos más compasivos; no serán tan bonitos. (Ella hace un instintivo movimiento de coquetería.), pero serán más compasivos. (Pausa.) ¿Insistes en no responderme?... ¡Claro! Te has propuesto no dirigirme la palabra y no es cosa de ceder. (Pausa.) Vamos, Paulina; para que veas que pongo de mi parte lo necesario para una conciliación, aunque no tengo culpa ninguna, me someto á la prueba que desees.

Paulina. (Aparte.) ¡Pobrecillo! (Se vuelve para mirarle.)

Manolo. ¿Serás tan vengativa?... ¿Luego era un pretexto?

Paulina. No; y aunque no mereces el sacrificio que hago de mi amor propio, estoy dispuesta á perdonar.

Manolo. (Con rapidez.) ¿A perdonar?... Si no hay nada que perdonar.

Paulina. ¡Ah! Entonces no hablemos más. (Pasa al otro lado.)

Manolo. No, no, Paulina; perdóname, sí.

Paulina. (Desde detrás de la mesa.) Cláusulas: Primera. No tratarás de verme hasta el momento en que nos encontremos en la iglesia el día de nuestra boda.

Manolo. ¡Paulina!...

Paulina. Segunda. No saldrás de tu casa durante los días que quedan hasta ese momento.

Manolo. ¡La Inquisición!

Paulina. ¡Ah! Aclaración á la cláusula segunda. Ahora mismo irá el prisionero á encerrarse en su celda, es decir, en su despacho. Nada, nada; ahora mismo.

Manolo. ¡Resignación!

Paulina. Tercera. Para evitar todo peligro de que sea burlada esta sentencia, estará el prisionero dispuesto á responder siempre que se le llame por teléfono.

Manolo. (Aparte.) *¡Tableau!* (Alto.) ¿Falta algo?

Paulina. Nada.

Manolo. Sí, la firma. El inquisidor general, Paulina Rodríguez.

Paulina. Nada, nada. Si no quieres, no hay nada de lo dicho

Manolo. ¿Qué he de hacer, Paulina, sino resignarme? Pero hasta en la Inquisición se permitia al condenado lamentar la injusticia de su pena.

Paulina. Puedes lamentar lo que quieras, pero un inquisidor general debe ser rigido. Cinco dias de encierro y después... ¡veremos! (Mutis por el foro derecha.)

Manolo. Adiós, inquisidor con faldas. (Manolo pasea agitado por la escena.)

ESCENA XIII

BENITO y MANOLO. Luego UNA DONCELLA y ALICIA.

Benito. (Por la izquierda, llevando en la mano un sombrero hongo.) Por fin tengo un momento libre.

Manolo. ¿Has ido?

Benito. Ahora voy, hombre; ahora voy.

Manolo. Mira, Benito, que me voy á pegar un tiro; mira que no sé lo que voy á hacer...

Benito. Yo te diré lo que vas á hacer: marcharte allá adentro. Distraerte... estás nervioso.

Manolo. Mucho.

Benito. Anda, anda. (Le conduce hasta la puerta derecha del foro.)

Manolo. Pero, ¿irás?

Benito. Sí, hombre. (Mutis Manolo.) ¡Gracias á Dios! Aquí están todos locos, y acabarán por volverme á mí. (Se oye dentro ruído de voces.) Ea, vamos á ver á esa fiera. Pero, ¿qué es eso?

Doncella. (Por la izquierda.) D. Benito, una señora que se empeña... (Entra Alicia por la izquierda.)

Benito. ¡Dios mío! (A la doncella.) Retírese usted.

Doncella. (Aparte.) ¡Ay! ¡Lío! (Mutis doncella.)

Benito. Alicia, ¡por amor de Dios!

Alicia. ¿No le dije á usted que venia? Pues aquí estoy.

Benito. ¿A qué?

Alicia. A armar un escándalo. A ver, que salga Manolo, que se presente, que dé la cara.

Benito. Pero Alicia...

Alicia. Necesito verle, quiero verle; y como él rehuye la entrevista, vengo yo á buscarle.

Benito. Vamos á ver. Yo prometo que habrá entrevista.

Alicia. No me basta. Quiero que me lo prometa él mismo

Benito. Imposible.

Alicia. Pues no me voy.

Benito. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Y esas señoras van á salir!

Alicia. Si no hay entrevista, la noche antes de su boda recibirá la novia todas las cartas y los retratos que tengo de ese pillo.

Benito. (Aparte.) Vienen. Es él... ¡Dios mío!.. ¡Ah, qué idea! (Alto.) ¿Quiere usted que él mismo se lo diga?

Alicia. Sí.

Benito. Sígame usted.

Alicia. ¿A dónde?

Benito. Al despacho de Manolo.

Alicia. Pero...

Benito. Silencio... Por aquí. (Aparte.) En la guerra todo es lícito. (Alto.) Sin hacer ruido. (Mutis los dos por lateral derecha.)

ESCENA XIV

MANOLO. Luego BENITO.

Manolo. (Foro derecha.) No está. ¿Habrá ido ya á verla?

Benito. (Entra con las manos en la frente, donde lleva un buen chichón.) ¡Qué mujer! ¡Qué ganas tengo de verme en el paraíso de Paredes de Abajo! ¡La tranquilidad! ¡Mi bello ideal! ¡Ay!

Manolo. ¿Ya de vuelta?

Benito. De vuelta y media. Ha estado aquí.

Manolo. ¡Aquí! (Con terror.)

Benito. Ahora mismo. La hice salir, engañándola, por la escalera de servicio que da al callejón. En cuanto se dió cuenta de que la echaba, cogió un cepillo que habia en el recibimiento y ¡zás!

Manolo. No se puede oir.

Benito. Pero se puede ver. (Señala al chichón.) Ultimátum. Quiere una entrevista antes que te cases.

Manolo. Benito, ¡sólo me queda la fuga! (Sofocado.)

Benito. (Movimiento hacia la ventana.) Además, si no hay entrevista, la noche antes de tu boda recibirá Paulina tus cartas y tus retratos, incluso el de la dedicatoria atravesada.

Manolo. Atravesada la vea yo. Pero, ¿no sabes que no puedo salir de casa más que camino de la iglesia? ¿No sabes que soy esclavo de un te-

léfono, como lo eran los genios de la lámpara de Aladino?

Benito. ¡Loco! ¡Pobrecillo! (Sentándose á la mesa y cogiendo la pluma.)

ESCENA XV

LOS MISMOS; DOÑA SEVERA, DOÑA PURA, LUISA, PAULINA, DON BASILIO por la derecha.

Pura. ¡Ah! ¡Qué linda la mesa!

Luisa. ¡Ah! ¡Qué preciosa!

Severa. ¿No quieren ustedes quedarse otro ratito?

Pura. Nos quedan muchas visitas.

Luisa. (A Paulina.) No dejes de ir á verme... (Mirando por la ventana de la izquierda.)

Basilio. (A Doña Pura.) Y envieme usted á ese pollo.

Luisa. ¡Ay, mamá! ¡Está en la acera de enfrente Jacinto!

Paulina. Vendría contigo...

Luisa. No; es extraño. Le habrán dicho en casa que veníamos aquí, y el pobrecillo está esperando...

Pura. ¿Quiere usted que le diga que suba? Así ganamos tiempo.

Basilio. No hay inconveniente.

Pura. Adiós, D. Benito... Manolo... No se molesten... No salgan... (Todos se despiden.)

Severa. No es molestia... (Mutis Doña Pura y Luisa. Doña Severa y D Basilio, por el foro izquierda.)

Manolo. (A Paulina que va á salir.) Paulina...

Paulina. Ya debía usted estar en su habitación, junto al teléfono.

Manolo. ¡La Inquisición! (Mutis Paulina y Manolo.)

Benito. Todo esto que nos ocurre nos lo merecemos, sí, señor... (Escribiendo.) «Por gallinas y otras aves de corral»... ¡Ay, mis gallinas, mis calabazas, mis truchas!... ¡Paredes de Abajo! ¡Tú eres mi esperanza, mi tierra prometida! ¡La paz, la calma, la tranquilidad!

Basilio. Pase, pollo. Benito, este joven es el recomendado de Doña Pura.. Ya sabe usted (Aparte.) Averigüe si sirve para algo. Tiene cara de lila. (Alto.) Hasta luego. Cuando terminen la conferencia veremos qué puede hacerse. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Tiene una cara atroz de lila!

ESCENA XVII

BENITO y JACINTO.

Benito. Acérquese usted, joven. Siéntese ahí. (Se sientan: Benito en su sillón; Jacinto al otro lado de la mesa.) Don Basilio me ha encargado que me entere de sus aptitudes. ¿Usted qué carrera tiene?

Jacinto. ¿Yo? Ninguna. Una carrera coarta las aspiraciones.

Benito. ¿Cuál es su ocupación?

Jacinto. Le diré á usted. Mi ocupación es el sport; es lo que me tira.

Benito. ¡Ah! ¿eso le tira? No me parece lo más práctico...

Jacinto. Robustece mucho. Toque usted. (Haciéndole tocar una pierna.) De una patada mato una mula. ¿Qué le parece eso?

Benito. Una pantorrilla atroz.

Jacinto. Pues toque usted el brazo. De un puñetazo parto una piedra. ¿Qué le parece eso?

Benito. (Tocando el brazo.) Una bola tremenda.

Jacinto. Pues no empecé á entrenarme hasta hace tres años. A los dos meses levantaba cuarenta kilos y á los ocho meses gané el primer premio en brazos.

Benito. (Aparte.) Mamando, ya ganaba premios. ¡Qué precocidad de niño!

Jacinto. Mi fuerte son el foot-ball y la bicicleta. ¡Tengo cuatro copas!

Benito. (Aparte.) ¡Viene bebido! ¡Ya decía yo!...

Jacinto. Y boxeo regular. Pero me parece que usted también se dedica al arte...

Benito. ¿Yo? No.

Jacinto. Pues eso... (Señala al chichón.)

Benito. No; esto está hecho sin arte. ¿Y usted quiere que le coloquemos?

Jacinto. Le diré á usted. Es mi mamá la que está empeñada en que tenga una ocupación, porque dice que para algo me ha dado Dios la inteligencia.

Benito. Suposiciones de mamá.

Jacinto. Eso digo yo.

Benito. Va á ser muy difícil colocarle, porque para lo que usted sirve ya tenemos las locomotoras.

Jacinto. Yo, siendo bueno el sueldo y cómoda la colocación...

Benito. Le diré. En el ferrocarril tendrá usted que entrar por abajo.

Jacinto. Va á ser algo duro; pero es lo que dice mamá: tú mete la cabeza, que ya te empujarán

Benito. No piensa mal su mamá. Bueno, pues yo hablaré con Don Basilio y procuraremos complacer á Doña Pura. ¡Luisita se lleva una alhaja!

Jacinto. Es mamá la que quiere que nos casemos. (Mira á todos lados y luego acerca la cara á la de Benito; ambos sentados á cada lado de la mesa.) Y, diga usted (Con misterio.), ¿esta casa tiene salida á otra calle?

Benito. (Hace el mismo juego que Jacinto.) Sí, señor; al callejón. La puerta de servicio...

Jacinto. Es que... En fin, me confío á usted.

Benito. Sí; yo soy un pozo.

Jacinto. Yo venía detrás de una señora, ¿sabe usted?, y estaba esperando que saliera; así es que cuando vi salir á mi novia, me quedé como quien ve visiones.

Benito. Veo que también tiene usted un lado flaco; no todo son bolas. Bueno, joven, pues ahora que estamos de acuerdo, yo hablaré á Don Basilio, y probaremos á ver por dónde despunta usted.

Jacinto. Volveré mañana.

Benito. Eso es. Tal vez podamos meterle en Paredes. (Aparte.) Aunque sea en clase de ladrillo.

Jacinto. Muchas gracias. No faltaré y... chitón, ¿eh?

Benito. Vaya tranquilo y no espere usted abajo, porque la pájara voló. Adios, adios; hasta mañana (Mutis Jacinto por foro izquierda.) Este Jacinto está en estado de cebolla.

ESCENA XVIII

BENITO y MANOLO por la derecha.

Benito. ¡Manolo!

Manolo. Accedo. Habrá entrevista. Paulina no va á estar hasta el último momento junto al teléfono. Sólo hay un sitio donde podamos reunirnos con seguridad absoluta. La estación de Paredes de Abajo.

Benito. ¡Manolo!

Manolo. Sin discusión. Vuelves á verla en seguida. Di á Alicia que nos veremos allí el martes á las cuatro de la tarde.

Benito. ¡¡Manolo!!

Manolo. Iré á caballo; ella en automóvil.
Benito. ¿A ver si se estrella?...
Manolo. Anda, corre; ahora están allá entretenidos. Aquí tienes tu sombrero. (Lo coge de sobre un mueble y trata de ponérselo á Benito, que da un grito al sentirlo.)
Benito. ¡Eh!... ¡Ay!... ¡El cepillo!...
Manolo. No me acordaba...
Benito. Vete, vete. Déjame solo.
Manolo. ¿Irás?
Benito. Iré... ¡Ah! ¿Dónde vas, por si hay algo urgente?. .
Manolo. ¡A la Inquisición! (Mutis Manolo.)

ESCENA XIX

DON BENITO y DON BASILIO por el foro derecha.

Basilio. ¡Benito! (De puntillas recorre todas las puertas; Benito le imita.)
Benito. Don Basilio...
Basilio. Benito (Abrazándole), aunque usted no tiene ideas, es usté un hombre discreto y guardará usté un secreto ..
Benito. (Aparte.) Ahora me habla en verso. Debe estar enamorado...
Basilio. Soy dichoso... ¡Una conquista de primera!
Benito. Pero, ¡D. Basilio!
Basilio. En Paredes de Abajo tiene mi hermana una casa de campo. La Quinta de los Narcisos, que nunca hemos habitado.
Benito. Pero..., pero ¡D. Basilio!
Basilio. Necesito que prepare usted allí un nidito.. Alfombras... espejos..
Benito. Pero, ¡D. Basilio! ¡Un nido con espejos!
Basilio. Todo claro; quiero verlo todo claro.
Benito. Yo todo lo veo obscuro
Basilio. Usted tiene que marchar mañana mismo á ocupar su nuevo cargo.
Benito. Sí, señor.
Basilio. No hay tiempo que perder. (Saca la cartera y le da billetes.) Va usted al tapicero, al mueblista, al alfombrista... Pero á escape. Usted correrá con todo...
Benito. Y empiezo á correr desde ahora...
Basilio. Eso es. Váyase. (Coge el sombrero y se lo pone á D. Benito.)
Benito. ¡Ay! ¡El cepillo!
Basilio. ¿Qué dice usted?
Benito. Nada; el... ¡demonio! Voy en seguida.

Basilio. Pero en seguida. Viene alguien... (Haciendo mutis.) En seguida, Benito, en seguida... (Mutis por la derecha.)

ESCENA XX

DON BENITO; DOÑA SEVERA por foro derecha.

Benito. ¡Paz, sosiego! Sí, sí... Tiene razón D. Basilio. Toda la familia engrana conmigo. Soy la rueda dentada de esta familia. Para libertarme tendré que romperles los dientes.

Severa. (Por la derecha.) Don Benito.

Benito. Doña Severa...

Severa. Usted es hombre á quien se puede confiar un secreto En Paredes de Abajo tengo una casa...

Benito. (Interrumpiendo escandalizado.) ¿También usted, Doña Severa?

Severa. Allí no hay más casa de campo que la mía... La Quinta de los Narcisos. Siempre he pensado instalar allí un sanatario para sacerdotes enfermos, y como ahora ya hay ferrocarril... No quiero que lo sepa nadie; es una sorpresa.

Benito. Pero yo ..

Severa. Usted hará el plano en los ratos que le deje libre el servicio. También hará usted los presupuestos, y usted, que es tan activo, va á ir ahora mismo á ver al padre Germán...

Benito. ¿Ahora mismo? (Mirando el reloj, que saca del bolsillo.)

Severa. Porque esta noche sale para Alhama... Y se pone de acuerdo con él. De modo que ahora mismito... (Le quita el sombrero de la mano y se le pone á Benito.)

Benito. ¡No! ¡No se moleste!

Severa. ¿Puedo irme tranquila?

Benito. Sí, señora.

Severa. Pues en seguidita, D. Benito. (Desde la puerta derecha.) Eso le servirá de distracción, porque Paredes es lo más tranquilo del mundo. ¡Un pozo!

Benito. Me alegro, porque así ya sé donde tirarme de cabeza!... (Se coloca el sombrero de medio lado con muchas precauciones, para no hacerse daño en el chichón.)

TELÓN RÁPIDO



ACTO SEGUNDO

Sala en una estación de poca importancia. Al foro, puerta grande que se supone da al andén. A la izquierda, puerta de entrada á las otras habitaciones de la planta baja. A la derecha, puerta de salida á la carretera. Junto á la puerta izquierda, taquilla de billetes. Una báscula. Bancos. En las paredes, tarifas de ferrocarriles y anuncios pegados. Hacia la izquierda, una bomba de mano. En medio de la escena, una carretilla cargada con sacos, sobre los cuales duerme Juan. Sobre un banco, una botella con agua y un vaso. Es de día.

ESCENA PRIMERA

JACINTO y MOZO 1.º

Jacinto. (Entrando por el foro.) Juan... Durmiendo, como siempre... ¡Juan!... ¡Eh, despiértate!... (Moviéndole.) ¡Juaaan!... ¡Que si quieres! Ahora veremos. (Mutis rápido y vuelve con la campana de señales.) ¡Juan!... (Tocándole la campana al oído.) ¡Nada!... Esto es un colchón...

Mozo 1.º (Desperezandose.) ¿Qué ruido es ése?

Jacinto. El despertador, bárbaro. Arriba, que va á llegar el 54. Saca esa carretilla. En cuanto pase el mixto hay que llevar esa bomba á la quinta de Doña Severa.

Mozo 1.º No se sofoque; hay tiempo..., hay tiempo..., hay tiempo... (Mutis el mozo, empujando la carretilla, por el foro.)

ESCENA II

JACINTO y DON BENITO por el foro.

Benito. ¡Qué día! ¡Tranquilidad, utopía imposible! ¡Más valía no haber nacido! Las tres y media y el mixto sin venir y yo sin descansar...

Jacinto. Don Benito.

Benito. ¿Qué es ello?
Jacinto. Esto no puede continuar así.
Benito. Digo lo mismo. Desde que se inauguró la línea ha hecho usted trescientos disparates, equivocándolo todo.
Jacinto. ¡Don Benito! ¡Que soy el factor sustituto! Y como factor sustituto merezco consideración.
Benito. Y estoy deseando que vuelva el factor en propiedad, porque yo necesito aquí un factor que sepa cumplir con su deber.
Jacinto. Yo creo que cumplo ..
Benito. Está usted errado, y cuando en un factor hay un error, el problema no tiene solución.
Jacinto. No puedo con los números; las tarifas se me enredan en la cabeza y veo en sueños á la mujer amada entre paquetes postales y mercancias. Anoche soñé que me habían embalado junto con mi suegra; que tenía que ir Alicia á recogerme y que se le había perdido el talón. ¡Qué horrible perspectiva! Además, yo sin el sport soy hombre muerto. Necesito el ejercicio físico para vivir.
Benito. Pero, ¿no le he mandado que ayude á descargar los vagones? ¿No le puse ayer á hacer el trabajo de la grúa que se nos descompuso? Es un trabajo que le va...
Jacinto. Don Benito, necesito una licencia.
Benito. Y yo para dársela necesito la de D. Basilio. Ea; vaya usted á su obligación y, no descuide el teléfono, que espero un especial.
Jacinto. (Aparte.) ¡Alicia! No; no me casarán con otra. Te seré fiel. (Mutis izquierda.)

ESCENA III

BENITO y MANOLO por el foro. (Traje de montar á caballo.)

Manolo. ¡Benito!
Benito. ¡Manolo!
Manolo. Yo, loco.
Benito. Yo, furioso.
Manolo. ¡Tres dias agarrado al teléfono!
Benito. Y éste era el lugar tranquilo. ¡El pozo! Desde que estoy aquí, salgo á accidente por dia y á rabieta por minuto.
Manolo. ¿Qué te pasa?
Benito. Ayer, un desprendimiento nos obstruye la boca del túnel cuatro horas antes del correo.
Manolo. ¡Atiza!
Benito. Los mozos toda la noche trabajando, sin po-

der abrir la boca, y yo clavado en la aguja. Hoy todavía no he podido sentarme.

Manolo. Eso no es nada, Benito. Tres días oyendo el timbre del teléfono cada media hora. Trrriin. «Manolo»... «¿Qué hay?»... «Arrepiéntete»... Por fin esta mañana enmudeció el timbre. Temiendo una emboscada, he llamado á Paulina varias veces, sin tener contestación; al dar las dos, me encomendé á la Providencia, monté á caballo y aquí estoy. (Se oye el cuerno que avisa la llegada del tren.)

Benito. El mixto. Vuelvo en seguida. (Mutis foro.)

ESCENA IV

MANOLO, solo.

Manolo. Ya no debe tardar Alicia; estoy con el alma en un hilo. ¿Traerá las cartas y los retratos? ¿Qué exigirá por ellos? ¡Esa mujer! .. Y no puedo olvidarme del teléfono. ¡Si Paulina llama y se entera de que no estoy en mi casa...! En fin, no pensemos en las desgracias hasta que lleguen. (Durante el anterior monólogo se ha oído llegar el tren y la voz de un empleado gritando: «Paredes de Abajo, un minuto».) ¿A dónde dará esta puerta? ¡Ah! Es la carretera. ¿Vendrá por aquí el automóvil de Alicia? Veamos si le diviso. (Mutis lateral derecha.)

ESCENA V

BENITO, MOZOS 1.° y 2.° que conducen á MARCELA desmayada y sentada en una silla. Benito trae en la mano la campana y el cuerno de señales, que deja sobre un banco. Ruido de voces dentro.

Benito. Por aquí, por aquí; cuidado... Con precaución. (Los mozos dejan la silla en el centro de la escena.) ¡Eh, bárbaros; que es frágil!

Mozo 1.° Como no lleva el letrero...

Benito. ¡Animal! Y, ¿qué hago yo ahora con esta señora? Esto es lo que me faltaba. ¡Valiente compromiso! No, muerta no parece que está; tiene demasiado color; por más, que si es colorete... A ver si oigo latir el corazón... (Acercando el oído.) Sí. ., late .. late con regularidad tranquilizadora. Tic... tic... tic... tic...

Mozo 1.° Nó puede ser que lo oiga usté.

Benito. ¿Cómo que no, bárbaro? Lo oigo perfectamente.

Mozo 1.º Tendrá el corazón al lao derecho.

Benito. ¡Toma! Tiene razón... Con el aturdimiento estaba escuchando á la derecha... Pero si late aquí... (Escuchando.) Si le oigo ..

Mozo 1.º Lo que usté oye es el reló de la señora.

Benito. ¡El reloj! ¡Es verdad! ¡Cómo está mi cabeza! No, si me volveré loco..., ó tonto, que es peor.

ESCENA VI

MARCELA, BENITO y JACINTO

Jacinto. (Entrando por lateral izquierda) ¿Qué es eso?

Benito. Esta señora venía desmayada en un departamento de primera, y los viajeros nos han obligado á bajarla aquí en brazos.

Jacinto. Pero puede ser grave... Llamemos á un médico.

Benito. El pueblo está á 7 kilómetros...

Mozo 1.º Se puede pedir por telégrafo á Villalta. En una máquina llega en media hora.

Benito. Sí, eso es lo mejor; voy á comunicar.. Quede usted al cuidado. (Mutis D. Benito por lateral izquierda.)

ESCENA VII

JACINTO y MARCELA desmayada.

Jacinto. (Pulsándola.) El pulso parece regular... ¿Quién será esta mujer?... Dice mamá que todas las mujeres caen del cielo... sólo que algunas veces nos caen encima de la cabeza y nos revientan... ¿De dónde vendrá? .. ¿A dónde irá?... ¿Qué habrá dentro de esa cabecita?... (Jacinto está detrás de Marcela apoyado en el respaldo de la silla)

Marcela. (Empieza á volver en sí.) ¡Basilio!

Jacinto. ¿Ha dicho Basilio?

Marcela. (Volviendo en sí) ¿Qué es esto?... ¡Dios mío!... ¿Qué me ha sucedido?

Jacinto. (Siempre á la espalda de Marcela.) ¡Caaalma, señora, caaalma!

Marcela. (Levantándose aterrada.) ¡Mi hermano!

Jacinto. No tengo esa suerte, señora.

Marcela. ¡Qué susto me ha dado usted! (Aparte.) Pero, ¿esta estación no es Muros?

Jacinto. Es Paredes nada más. Llegó usted aquí des-

mayada, y hubo que bajarla en brazos. ¿Se siente usted mejor?

Marcela. Perfectamente.

Jacinto. ¿Es la primera vez que sufre usted un accidente de esta especie?

Marcela. (Saca una polverita del bolso y se da polvos mirándose en un espejo de mano.) No creo que fuera accidente... Esta mañana, al salir para tomar el tren, me sentí tan nerviosa, que tomé tres cucharadas de un calmante inventado por mi hermano... Mi hermano es médico...

Jacinto. Honrosa profesión...

Marcela. Y sin duda me ha producido un sopor tan profundo, que ha podido confundirse con un desmayo.

ESCENA VIII

MARCELA, JACINTO y DON BENITO.

Benito. (Por lateral izquierda.) Ya viene... ya viene... ya ha salido... (Ve á Marcela.) ¡Ah! ¿Ha vuelto en sí esta señora?... De todos modos, antes de diez minutos estará aquí el médico.

Marcela. No, no hace falta; le suplico que dé contraorden.

Benito. Ya no es posible; hemos pedido vía libre para la máquina que trae al doctor Opiáñez.

Marcela. (Aterrorizada.) ¿El doctor Opiáñez?... ¿Ha dicho usted Opiáñez?

Benito. Sí, señora...

Marcela. (Aparte á D. Benito.) Pero, caballero, el doctor Opiáñez es... es mi hermano...

Benito. ¡Ah! de modo que usted... Jacinto, vaya usted á cerrar las cuentas...

Jacinto. Pero...

Benito. Sin pero. Vamos, Jacinto, vamos, (Le conduce hasta lateral izquierda, le hace salir y cierra la puerta.)

ESCENA IX

MARCELA y DON BENITO

Benito. Señora... comprendo su situación.

Marcela. ¡Ay! No puede usted comprenderla.

Benito. (Confidencial.) Soy el hombre de confianza de D. Basilio. Si me hubiera prevenido...

Marcela. ¡Ah!

Benito. La fatalidad quiere que se encuentre usted aquí con su hermano.

Marcela. Cree que estoy pasando con mi tía el día de su santo, en Muros... ¡Todo, antes que me encuentre aquí! Usted me ha puesto en esta situación por su imprudencia. Discurra usted un medio para sacarme de ella.

Benito. ¡Señora!

Marcela. ¡Llamar á un médico con el pretexto de que hay un enfermo!

Benito. Era lo procedente.

Marcela. Se llama á cualquiera, pero no á un médico.

Benito. No se me ocurrió.

Marcela. ¡No tiene usted ideas!

Benito. (Aparte.) Ya le ha enseñado la frase D. Basilio.

Marcela. ¿No hay medio de detener esa máquina? Una esperanza ..

Benito. Esperanza... (Como para sí.) ¡Si ocurriera algún accidente!... ¡El túnel!... kilómetro 15... El río va seco... el guardagujas del kilómetro 20, que bebía, se quitó del vicio .. Sólo nos queda una esperanza. Que el maquinista, que se casó ayer, se distraiga y le reviente la caldera.

Marcela. No es probable. Escóndame usted.

Benito. ¿Y qué enferma presento al Doctor?

Marcela. Cualquiera, un mozo de estación.

Benito. Después de mi telegrama, imposible: *Hermosa viajera baja 54 brazos sin sentido.*

Marcela. Eso es un contrasentido. Diga usted que me he marchado.

Benito. Inverosímil; no pasa tren en ocho horas.

Marcela. Busque usted una mujer que haga de enferma... ¡La suya!

Benito. Soy célibe

Marcela. Escóndame usted, de todos modos.

Benito. Y ¿dónde? En el piso de arriba, imposible. El factor, que tiene siete bocas, me ha ido arrancando poco á poco lo de arriba. Yo duermo aquí en un catre, y como con el factor y sus chicos.

Marcela. Aquí abajo...

Benito. Sólo hay las oficinas.

Marcela. ¿De modo que no tenemos solución?

ESCENA X

ALICIA, DON BENITO y MARCELA.

Alicia. (Desde el foro.) ¿No está ése?
Benito. ¡Alicia!
Marcela. Una mujer.
Benito. (Aparte á Marcela.) La enferma.
Marcela. (Aparte á D. Benito.) La enferma.
Benito. (A Alicia.) Llega usted á tiempo.
Marcela. Para hacernos un favor inmenso.
Benito. Esta señora estaba desmayada.
Marcela. Este caballero llamó á un médico.
Benito. Que viene dentro de una locomotora.
Marcela. Y si viene, me pongo mala.
Benito. Porque el hermano es médico.
Marcela. Y el médico es mi hermano.
Benito. Y la señora está en Paredes de Abajo...
Marcela. Y debía estar en Muros de Arriba...
Alicia. Y yo me he metido en un manicomio.
Marcela. Póngase usted enferma en mi lugar.
Alicia. De ningún modo.
Benito. Ya silba la máquina.
Marcela. Por caridad, señora; ya llega.
Benito. Siéntese usted. (La sienta por fuerza en una silla.)
Marcela. No se levante usted.
Benito Desmáyese usted.
Ben. y Mar. ¡Que viene! (Mutis rápido Marcela y D. Benito por lateral derecha.)

ESCENA XI

ALICIA, OPIÁÑEZ y MANOLO.

Opiáñez. (Desde la puerta del foro.) ¿Dónde está la enferma?
Alicia. ¡Opiáñez! ¡Hay que desmayarse! (Finge un desmayo.)
Man. y Opi. (Avanzan hacia Alicia y la reconocen al mismo tiempo.) ¡Alicia!
Manolo. ¿La conoce usted?
Opiáñez. ¡Desgraciadamente! Esta mujer es el único terror de mi vida.
Manolo. No sabe usted cuánto me interesa lo que dice.
Opiáñez. Tuve la debilidad de enamorarme de ella y escribirle algunas cartas, con las cuales amenazaba comprometer mi posición. Al fin conseguí arrebatárselas y dejarla plantada.
Manolo. Doctor, me está usted contando mi propia

historia. Me confío á usted como á un amigo. Si hoy no recobro cartas y retratos que posee Alicia, mañana no podré casarme con Paulina.

Opiáñez. Le compadezco, joven; Alicia es una lagarta muy larga

Alicia. (Aparte.) ¿Yo lagarta? ¡Me vengaré!

ESCENA XII

ALICIA, MANOLO, OPIÁÑEZ y DON BENITO.

Benito. (Por lateral izquierda con una caja-botiquín en la mano.) Doctor, el botiquín; le vi llegar... (Aparte por Alicia.) Ha hecho su papel, gracias á Dios.

Opiáñez. No es preciso. Traigo mi Morfeína.

Alicia. (Aparte.) Creo que es tiempo de volver en mí. (Suspira.)

Opiáñez. Parece que recobra el conocimiento. Déjenme ustedes solo con ella. Ahora iré á buscarles. (Mutis por el foro Manolo y D. Benito.)

ESCENA XIII

ALICIA y OPIÁÑEZ

Alicia. (Fingiendo sorpresa.) ¿Dónde estoy?

Opiáñez. Calma, Alicia, calma.

Alicia. ¡Doctor! ¿Usted?.. (Con expresión rencorosa.)

Opiáñez. Yo mismo; comprendo que tema usted mi justo resentimiento; pero ante un enfermo, el deber profesional es lo más imperioso. (Echa en un vaso parte del líquido del frasco.) Va usted á tomar esta medicina, que calmará su excitación.

Alicia. Es usted muy bueno, Doctor. ¡Qué corazón para perdonar!

Opiáñez. ¡Mucho! (Aparte) Se lo pondré cargadito.

Alicia. (Aparte.) Conque lagarta, ¿eh? Ahora verás.

Opiáñez. Ea; á tomar esto y... (Aparte.) á dormir cuarenta y ocho horas seguidas; lo que es ese joven se casará sin que puedas impedirlo.

Alicia. (Cogiendo el vaso.) Gracias, Doctor. (Aparte.) En seguida voy á tragarme ese potingue. (Alto.) Yo quiero pagar á usted de algún modo su bondad, y le haré una confesión. (Dando importancia á las frases.) La enferma que venía desmayada en el tren, no soy yo.

Opiáñez. ¿No es usted?

Alicia. No. Esa señora vino aquí sin saberlo un hermano suyo, que es médico, que no la deja ni á sol ni á sombra.

Opiáñez. ¡Hola!

Alicia. El pobrecillo la cree en otra parte.

Opiáñez. (Aparte.) ¿Será casualidad?

Alicia. El hermano, por una coincidencia, estaba á punto de llegar á esta estación.

Opiáñez. ¡Demonio, demonio!

Alicia. Y la dama, para evitar un encuentro de fatales consecuencias, me suplicó que me prestara á hacer esta comedia.

Opiáñez. (Aparte.) ¡Todo coincide! (Alto.) ¿Quién es el hermano?

Alicia. No puedo decirlo.

Opiáñez. ¿Y la dama?

Alicia. Debo callarlo.

Opiáñez. ¡Sorprendente! ¡Todo, todo coincide!

Aliciá. ¡Calma, doctor, calma!

Opiáñez. ¿Y dónde está esa señora?

Alicia. Ahí se ocultò; en esa habitación.

Opiáñez. ¡La encontraré! ¡La encontraré! (Abre la puerta lateral izquierda.) No está aquí... ¡Ah! ¡La encontraré! ¡Marcela! ¡Marcela! (Sale por lateral izquierda llamando á Marcela. Se oye alejarse su voz.)

Alicia. ¡En seguida me iba yo á beber ese potingue! (Deja el vaso.)

ESCENA XIV

ALICIA y DON BENITO.

Alicia. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre hombre!

Benito. (Por el foro.) Doctor... ¿Y el doctor?

Alicia. No está.

Benito. Pero, ¿dónde está?

Alicia. Por ahí dentro. (Señalando á lateral izquierda.)

Benito. ¿Para qué?

Alicia. Registrando la casa.

Benito. ¡Dios mío!

Alicia. En busca de su hermana

Benito. ¡Cataplúm! ¡El diluvio! ¡Socórrenos, San Francisco de California, abogado de los te rremotos! (Se bebe la mitad del líquido que hay en el vaso. Mutis.)

Alicia. (Riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja! Esto es más divertido que ir á tiendas... Ahí os quedáis con ese lío. ¡Venganza es mi lema! ¡Ven-

ganza! (Mutis por lateral derecha sin dejar de reir.)

ESCENA XV

JACINTO por el foro, luego MOZO 1.°, por el mismo lado, siguiendo á Jacinto.

Jacinto. No puedo, no puedo hacer nada sin recordarla. Siempre la tengo presente... La tengo aquí.

Mozo 1.° Don Jacinto...

Jacinto. (Sin oirle.) Voy á hacer una operación, la veo en el total. Extiendo los talones, ¡la tengo en los talones!

Mozo 1.° (Aparte.) Loco perdío. (Alto.) D. Jacinto...

Jacinto. ¿Qué quieres?

Mozo 1.° Este pañuelo que se le ha caido ahí fuera.

Jacinto ¿A mí?

Mozo 1.° Mié lo que dice: Jacinto. (Le da el pañuelo.)

Jacinto. Este pañuelo... pero éste es de los que ella se llevó este verano. Sin duda. Todas las mañanas me pedía un pañuelo, y todas las tardes se le olvidaba devolvérmelo. ¡Ella ha pasado por aquí! ¿La has visto? ¡Díme la verdad?

Mozo 1.° ¿Quién?

Jacinto Una mujer deslumbradora.

Mozo 1.° ¿La desmayá?

Jacinto. No.

Mozo 1.° ¡Ah! Habrá sido una que ha dejao junto al camino el *artonóvil.*

Jacinto. Esa, ésa.

Mozo 1.° Tiró p'al camino.

Jacinto. ¡Oh, dicha! Corro á buscarla. (Mutis foro.)

Mozo 1.° Lo dicho. ¡Loco perdío! ¡Pobre D. Jacinto! ¿Y el telégrafo? (Gritando.)

Jacinto. ¡Que se chinche! (Desde dentro.)

Mozo 1.° ¿Y si hay un descarrilamiento? (Gritando.)

Jacinto. ¡Que se revienten! (Desde dentro.)

ESCENA XVI

MOZO, MANOLO, luego DON BENITO y OPIÁÑEZ.

Manolo. (Por el foro.) ¡Alicia! ¡No está! ¡Y el tiempo pasa! ¡Alicia! ¡Alicia! ¡Nada! ¡No contesta! Debo tener fiebre. ¡Me abraso! ¡Un poco de agua! (Se bebe lo que queda en el vaso.)

Benito. (Entrando con Opiáñez.) Doctor, por Dios. ¿Cómo

ha podido usted creer que estaba aquí su señora hermana? Ahora nos explicará la enferma...

Manolo. ¡Desapareció!

Benito. (Aparte.) Como la otra. *La donna é mobile*, ¡pero ya tan *mobile!*...

Opiáñez. Es muy extraño todo esto.

Mozo 1.° (Aparte á D. Benito.) Oiga usted una cosa.

Benito. ¿Qué quieres?

Mozo 1.° Esa señora...

Benito. ¡Chst!... Habla bajo.

Mozo 1.° Esa señora sin sentio m'a preguntao antes, ahí fuera, que por dónde se iba á la quinta de D. Basilio. Le he señalao el camino, y pa allá tiró como una bala.

Benito. Allí nos las den todas.

Mozo 1.° Por teléfono le avisan á usted que ahora llegará Doña Severa con unas señoras para visitar la quinta.

Benito. ¡Caracoles!

Mozo 1.° Además, me ha parecido distinguir el coche de D. Basilio, en dirección á la quinta.

Benito. ¡Caracoles, esto se complica! ¡Y este era el pozo de quietud! Pero Alicia...

Manolo. Es capaz de cumplir su palabra.

Opiáñez. Tranquilícese usted, joven. Usted se casará mañana.

Manolo. Pero..

Opiáñez. Alicia no irá muy lejos.

Benito. ¿Qué dice usted?

Opiáñez. Lleva sueño para cuarenta y ocho horas. Se bebido este vaso de agua con veinte gotas de *Morfeína.*

Benito. ¡Veinte gotas!

Manolo. ¡En ese vaso!

Opiáñez. Diez kilos de plomo para cada ojo.

Manolo. Dentro de una escopeta quisiera tenerlos y á usted frente á la boca.

Opiáñez. ¡Caaaballero!

Benito. Doctor, no sabe usted lo que ha hecho.

Opiáñez. Yo creo que un favor...

Benito. De esos diez kilos, llevo yo cinco aquí dentro.

Manolo. La mitad de ese vaso me la he bebido yo.

Benito. ¡Cuarenta y ocho horas hecho un cesto!

Manolo. ¡Y mañana me caso!

Benito. Y los trenes no salen si el Jefe no toca el pito
Y ¡qué pito toco yo aquí estando, dormido!

Manolo. Y ¡cómo me paso durmiendo el día de boda y la noche de boda!

Benito. ¡A Paulina le va á parecer un sueño!

Manolo. ¡En qué compromiso ha metido usted á éste! (Por D. Benito.)

Benito. En qué apuro ha puesto usted á éste. (Por Manolo.)

Manolo. ¿Y quién sustituye mañana á éste? (Por Don Benito.)

Benito. ¿Y quién hace mañana las yeces de éste? (Por Manolo.)

Manolo. ¡No! ¡Nadie! ¡Esto, después de dos noches sin cerrar los ojos!...

Benito. ¡Esto, después de pasarme la noche abriendo la boca! (Bostezan los dos.)

Opiáñez. ¡El primer sintoma!

Manolo. ¡Qué va á decir Paulina! ¡Yo, que ronco con música imitativa!

Benito. Es preciso que nos dé usted un contraveneno.

Opiáñez. (Ofendido.) ¡No es veneno la morfeina!

Benito. Bueno; pues un despertador.

Opiáñez. Sólo hay un remedio. Evitar que el soporífico produzca sus efectos. En la primera hora está el peligro. Luchar contra la acción soporifica.

Benito. Yo siento un cansancio...

Manolo. Yo, un enervamiento...

Opiáñez. A luchar. No hay que perder tiempo.

Benito. ¿Y cómo?

Opiáñez. Sólo hay un medio. Actividad física, agitación constante, movimiento continuo. Ruido, mucho ruido... (A Manolo.) Usted á la bomba; deprisa, deprisa... (A D. Benito, dándole la campanilla.) Usted á la campanilla...

Benito. (A Opiáñez.) Y usted al cuerno. (Le da el cuerno de señales.) Ea, á una... á dos... y á tres... Durante un rato, Manolo le da á la rueda de la bomba. D. Benito y Opiáñez tocan frenéticamente la campanilla y el cuerno.)

Manolo. (Sin cesar en la bomba.) ¡No puedo más!

Benito. (Agitando la campanilla.) ¡Se me cansa la mano!

Manolo. (Agitando la bomba.) ¡Se me duerme el brazo!

ESCENA XVII

Los mismos y DOÑA SEVERA, DOÑA CARLOTA, DOÑA PURA, LUISITA y PAULINA, por el foro.

Severa. (Gritando para dominar el ruido.) ¡Qué es esto!

Carlota. ¡Jesús!

Pura. ¡Qué grillera!

Severa. ¿Se han vuelto ustedes locos?

Opiáñez. (Aparte.) ¡Doña Severa! (Se guarda el cuerno en el bolsillo de la levita.)

Luisa. (Aparte.) ¿Dónde estará Jacinto?

Manolo. (Aparte.) ¡Paulina! ¡Prefiero la bomba! (Sigue dando á la bomba como si no hubiera visto á Paulina.)

Benito. (Aparte.) ¡Cataplúm!

Severa. ¡Qué escándalo! (A Manolo y Opiáñez.) ¿Y qué hace usted con esa campanilla?

Benito. Llamarles al orden y no hacen caso.

Carlota. ¡Todos locos!

Opiáñez. ¡Caaalma, señores, caaalma!

Benito. ¡Este era el pozo!

TELÓN



ACTO TERCERO

Gabinete á medio amueblar en la «Quinta de los Narcisos». Al foro, gran puerta de cristales, que da acceso á una *serre* con plantas, á la cual se supone dos entradas laterales que el público no ve. A la izquierda, dos puertas practicables, sin cortinajes. A la derecha, otra puerta practicable, con cortinas. Un diván, dos butacas de las llamadas ata-ligas, tres ó cuatro sillas (todo color claro). A la izquierda, en primer término, un armario de luna. En el centro de la escena, un velador, y sobre él, un cestillo con fiambres. No hay alfombra. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARCELA y DON BASILIO

Basilio. Todo está á medio arreglar.

Marcela. Quedará muy bonito este gabinete.

Basilio. (Señalando al cesto.) Aqui hay fiambres. (Abre el armario.)

Marcela. (Mirando el interior.) Pero si tenemos de todo... ¡Vajilla!

Basilio. Idea mia; encargué á Benito que comprase de todo. Acabaré de poner la mesa.

Marcela. No lo consiento. Sería vergonzoso para mi.

Basilio. Por lo menos, la auxiliaré... Va á ser una comida deliciosa... Creo que estará usted más cómoda sin el sombrero.

Marcela. Es verdad. (Se lo quita y lo mete dentro del armario. Durante las frases siguientes, Marcela saca un mantel, que entre los dos desdoblan y colocan sobre la mesa mientras hablan.)

Basilio. ¿Quiere usted explicarme ya el significado de su carta.

Marcela. Significa que estoy en una confusión espantosa.

Basilio. ¿Por qué motivo?

Marcela. Mi hermano ha empezado á sospechar nuestras relaciones. Sus alusiones dicen muy claro lo que hay en su pensamiento.

Basilio. ¿No contábamos ya con eso?

Marcela. Sí, Basilio; pero el otro día, escuchando sus protestas, me creí más fuerte, más independiente. Mi dignidad me cierra todos los caminos del amor, excepto el del matrimonio.

Basilio. (Aparte.) ¡Ay, Severa!

Marcela. ¿Y mi pobre hermano? ¡No puede vivir sin mí! Además, no puedo olvidar que acertó en mi primer matrimonio; yo me casé contra su expresa voluntad, y pagué muy cara mi obstinación.

Basilio. Eso no justifica la inconsecuencia de usted, Marcela. Adivino otra razón; usted no se atreve á contradecir á su hermano; á desobedecerle.

Marcela. No lo puedo negar. ¡Tiene tal dominio sobre mi voluntad!... Soy débil, lo confieso.

Basilio. Y ¿no nos veremos, Marcela? ¿Dejaremos que muera este amor que ha nacido con tantas ansias de vida? No es posible, Marcela; piense usted en sí propia, en su porvenir, en su juventud, que llorará usted perdida mañana...

Marcela. (Con viveza.) ¿Mañana? (Separando el pañuelo de sus ojos.)

Basilio. No; quise decir dentro de cincuenta años.

Marcela. (Vacilando.) No sé..., no sé. ¡Por qué no seré más resuelta, más decidida!

Basilio. Un momento de energía, Marcela.

Marcela. (Después de pasarse la mano por la frente, saca del armario copas, una botella de vino, platos y servilletas, que coloca sobre la mesa. Basilio abre el cesto y saca paquetes y latas; una de ellas, que abre, contiene calamares, que vierte en un plato; también coloca sobre otros, uvas tintas y aceitunas negras.) Mi accidente del tren y mi fuga por la ventana, me han puesto excitada.

Basilio. Desexcítese. El sitio más seguro es éste; su hermano no ha de venir aquí para nada; tranquilícese usted.

Marcela. Alguien viene. (Marcela da un grito contenido.) ¡Ah! Si digo que estoy nerviosísima.

Basilio. No será nada..., el viento...; tengo aquí la llave de la puerta...

Marcela. Alguien viene..., sí, Basilio.

Basilio. ¡Si no es posible!

ESCENA II

MARCELA, DON BASILIO y BENITO, por el foro derecha.

Benito. Lo que temía: los dos juntos.
Basilio. ¡Benito!
Benito. Huyan ustedes; escóndanse ustedes; me siguen Doña Severa y las otras señoras.
Basilio. ¡Demonio!
Marcela. ¿No decía usted que estaríamos solos?
Basilio. Pero ¿á qué vienen? ¿Sospecha algo?
Benito. No, señor: para enseñarles la finca. Pero no hay tiempo que perder. Yo me he adelantado con el pretexto de abrir la puerta.
Marcela. Que no me encuentren aquí.
Basilio. ¡Adiós, comida!
Benito. Tenía que acabar mal; uvas negras, aceitunas negras y calamares. Sólo faltaba un mantel con orla de luto. Pero ¿por qué no me avisó usted, D. Basilio?
Basilio. Creí que no había el menor peligro.
Benito. Váyanse ustedes; van á llegar. .
Marcela. Sí. ¿Por dónde salimos?
Benito. Por aquí. (Lateral derecha primer término.) Al extremo de la casa hay salida al corral..., de allí al huerto, sin hacer ruido ni tropezar, que están cerradas las ventanas. Yo voy á ir abriendo las de este lado. (Señalando lateral izquierda.)
Basilio. Por aqui, Marcela. (Aparte.) Si me coge Severa... ¡No quiero ni pensarlo!
Marcela. Pronto, pronto. ¡Qué día! (Mutis Marcela y Don Basilio por lateral derecha primer término. Benito cierra la puerta.)
Benito. Creo que he conseguido salvarlos. ¡Uy, la comida; que no la vean! (Cubre el servicio de mesa con el mantel y va á salir por lateral izquierda.)

ESCENA III

BENITO y JACINTO, por la izquierda.

Jacinto. Don Benito...
Benito. ¡Jacinto aquí!
Jacinto. Sí, señor; y dispuesto á todo. ¿Dónde está Alicia? Contésteme usted en seguida ó descubro el pastel. En la estación descubrí su rastro.

Benito. (Aparte.) ¡Así te arrastren!

Jacinto. He oído todo cuanto aquí pasa, y se lo diré á Doña Severa en cuanto llegue.

Benito. Y yo diré que usted está loco por Alicia. Pero, ¿cómo está usted ahí encerrado?

Jacinto. Vine corriendo para alcanzar á Alicia y en seguida llegó D. Basilio; buscando dónde ocultarme, me metí por esa puerta (Señalando á la izquierda.); pero al oir los pasos de D. Basilio por el mismo lado, eché á correr por el pasillo, llegué á la cocina, vi una puerta que supuse daría al campo, la abrí, lleno de alegría, y me encontré metido en una enorme fresquera. Allí estuve agazapado, sin atreverme á salir hasta hace un rato. ¡Vaya un susto!

Benito. ¡Lárguese usted en seguida!

Jacinto. ¿Sin ver á Alicia? ¡Ni pensarlo! Yo la busco, y en cuanto la encuentre no vuelvo á la estación.

Benito. Dará usted un disgusto á su mamá.

Jacinto. Mamá me amenazó con que si no estaba tranquilo en el ferrocarril me metería en un comercio á medir puntillas; pero dentro de tres meses seré mayor de edad y tendré treinta mil duros, y el que venga á hablarme de puntillas, ¡se cae!

Benito. Pero aun es usted menor; conque á la estación en seguida.

Jacinto. Quiero ver á Alicia; quiero ofrecerle mi corazón y mis treinta mil duros y mis cuatro copas.

Benito. ¡Que viene Doña Severa!

Jacinto. Me importa poco Doña Severa.

Benito. Es que con Doña Severa vienen Luisita y Doña Pura.

Jacinto. ¡Canastos! No, no diga usted nada; silencio por silencio.

Benito. Que están llegando... que entran...

Jacinto. Pero, Alicia...

Benito. (Empujándole.) A la fresquera, á la fresquera. (Mutis los dos por la izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA SEVERA, DOÑA PURA, DOÑA CARLOTA, PAULINA y LUISA, por el foro derecha.

Severa. Pasen ustedes. D. Benito estará por allí dentro. (Entra y mira con sorpresa los muebles. Aparte.) ¿Qué es esto?

Paulina. Pero, tia, esto no está tan desmantelado como has dicho.

Pura. Ni mucho menos.

Carlota. ¿No te acordarias de estos muebles?

Severa. (Sin salir de su asombro.) ¡Ah, si! Los muebles. (Aparte.) Pero, ¿qué es esto?

Paulina. ¡Qué silloncitos tan monos!

Luisa. ¡Ah, monísimos! Son butaquitas ata-ligas.

Severa. (Aparte.) ¡Ata-ligas aquí!

Paulina. ¡Qué diván! ¡Precioso! (Se sienta en él.)

Luisa. Un encanto. (Se sienta en él.) Y ¡qué cómodo!

Severa. Levántate, Paulina; ese mueble es pecaminoso.

Paulina. ¡Qué lástima que esté la habitación á medio amueblar!

Pura. (Junto al velador. Aparte.) Me está dando en la nariz algo extraordinario...

Severa. (Sin poder contener su indignación.) ¡Tcdo esto me huele muy mal!

Pura. ¿A pescado? ¿verdad?

Severa. A pescado mortal.

ESCENA V

Los MISMOS y DON BENITO, por la izquierda.

Benito. ¿Ya han llegado ustedes?

Severa. Sí, señor. Y ¡á dónde hemos llegado! D. Benito, ¿quiere usted, ó mejor dicho, puede usted explicarme qué significa esto?

Benito. ¿Esto?

Severa. Estos muebles.

Benito. (Aparte.) ¡Cataplum! (Alto.) Estos muebles... estos muebles... pues... una sorpresa que preparaba á usted.

Severa. Este espejo, este diván...

Benito. Sorpresas...

Severa. Y... ¿á quién destina usted esta... monada de habitación?

Benito. Al... al .. al capellán del Sanatorio.

Severa. ¿Y también los ata-ligas son para uso del capellán?

Benito. Los sacerdotes usan medias y... las medias se sujetan con ligas y... no... (Aparte.) No sé lo que decir.

Severa. (Llevándose aparte á D. Benito.) D. Benito, yo huelo el pecado desde la cumbre de mi experiencia.

Benito. ¡Doña Severa!

Severa. Y desde que llegué estoy oliendo algo muy negro, que debe haber aquí escondido.

Benito. (Aparte.) ¡Los calamares!

Luisa. (Levantando el mantel.) ¡Ah! Aquí hay restos de una comida...

Paulina. Y dos cubiertos...

Severa. (Persignándose escandalizada.) ¡Ave María!. .

Benito. ¡Ora pro nobis!

Severa. (Aparte á D. Benito.) Aquí hay faldas.

Paulina. (Abre la puerta del armario.) ¡Ay! ¡Qué preciosidad de sombrero! (Sacando el de Marcela.)

Severa. (A D. Benito, cogiendo el sombrero.) ¿Qué dice usted? ¿Otra sorpresa?

Benito. (Aparte.) ¡Y muy grande!

Severa. (A Doña Carlota, Doña Pura, Paulina y Luisa.) ¿Quieren ustedes ir viendo la quinta? Ahora iré á buscarlas .. (Mirando á D. Benito.) cuando ajustemos unas cuentas...

Paulina. Sí, tía; iremos buscando sitio para hacer una gruta rústica.

Carlota. ¿Vamos, Doña Pura?

Pura. Con mucho gusto. (Aparte.) ¿Qué ocurre aquí? Yo no me quedo sin averiguarlo. (Mutis Doña Pura, Doña Carlota, Luisa y Paulina por el foro izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA SEVERA y DON BENITO.

Severa. (Mostrando el sombrero.) ¿Y esto?

Benito. ¡No es mio, Doña Severa! ¡Se lo juro á usted por mi salud!

Severa. Aquí hay una mujer escondida.

Benito. Me ofende usted, Doña Severa.

Severa. Un sombrero de mujer supone una cabeza.

Benito. No siempre, señora, no siempre.

Severa. Nada, nada, D. Benito; me está dando en la nariz el olor del pecado. Registraré la casa.

Benito. Regístrela usted.

Severa. Y si hay alguien escondido, ¡ya está fresco!

Benito. (Aparte.) Por lo menos, está en la fresquera. (Alto.) Vaya usted, así se convencerá.

Severa. ¡Qué osadía!.. ¡En mi casa!.. En mi quinta! (Mutis lateral izquierda.)

ESCENA VII

BENITO, MARCELA y DON BASILIO.

Benito. Por fortuna, han huído los pájaros.

Basilio. (Abriendo con precaución la puerta lateral izquierda, llama á D. Benito con voz contenida.) ¡Eh!.. ¡Don Benito!..

Benito. ¿Los pájaros? ¿Cómo no se han ido ustedes?

Basilio. Está cerrada la puerta que da al corral.

Marcela. ¿Está usted solo?

Benito. Pero va á volver; váyanse en seguida.

Basilio. Lo he oído todo.

Benito. Pues ya sabrá usted el peligro que corren.

Basilio. Usted me salvará.

Benito. ¿Cómo?

Basilio. No tiene ideas; yo, sí. Dígale á Doña Severa que es usted el culpable; que estos muebles son suyos.

Benito. ¡Imposible!

Basilio. Le recompensaré si me obedece; y si no me obedece... (Saca una pistola y le amenaza con ella.) Browning... doce tiros...

Benito. (Aparte.) Dentro de cinco minutos estoy á cinco kilómetros.

Basilio. Alcance, dos kilómetros.

Benito. No me llega...

Basilio. ¿Qué?

Benito. Que no me llega... la camisa al cuerpo.

Marcela. (Dando marcadas muestras de temor é impaciencia.) Yo no puedo quedarme en esta casa.

Benito. Vengan ustedes; probaré estas llaves... (Saca un llavero del bolsillo.) Por aquí...

Marcela. Sí, sí; vamos. (Mutis los tres por lateral derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA SEVERA, por lateral derecha, segundo término.

Severa. Aquí había alguien; ha ido hacia el jardín. ¿Por qué huye? Sigamos la pista. . (Mutis por el foro izquierda.)

ESCENA IX

BENITO.

Benito. (Por lateral derecha, primer término.) No abre ninguna llave. (Desde la puerta, hablando hacia la habitación.) Esperen ahí, que voy á ver si no

hay gente por ese lado del jardin, y escondiéndose en los macizos podrán llegar á la verja... (Se dirige hacia el foro.)

ESCENA X

BENITO y ALICIA

Benito. ¡Alicia!
Alicia. Si, señor; Alicia, que no tolera que se burlen de ella.
Benito. ¡Alicia! ¡Aquí nada tiene usted que hacer!
Alicia. Si tengo; aquí está esa niña, la novia de Manolo, y vengo á decirle cuatro cosas.
Benito. Será si lo consiento, ¡ea!; ya me voy yo cargando; aquí no se dicen cosas á nadie sin mi permiso. Es usted una enredadora.
Alicia. ¿Yo enredadora? ¡Cuidado, cuidado, que no me conoce usted!
Benito. Ni usted á mí.
Alicia. Su amigote de usted, Manolo, me da una cita y falta á su palabra; pues ¿y su otro amigote? Ese que me llama lagarta...
Benito. ¿Quién?
Alicia. El soporífico. (Marcela asomada tras de la cortina.) Ese que no deja casarse á su hermana, para tener quien le cuide las goteras.
Benito. ¿Opiáñez?
Alicia. El mismo.
Marcela. (Aparte.) ¿Qué dice esta mujer?
Alicia. Ese; ése me llevó este verano á Pobriño, un poblacho gallego, y á los ocho días desapareció y... ¡hasta hoy!
Marcela. (Aparte.) ¡Jesús, María y José! . (Se hace cruces.)
Alicia. Ese me las paga, y Manolo me las paga.
Benito. (Aparte.) Hay que parar el golpe. (Alto.) Alicia, si usted me promete esperar tranquila diez minutos, yo iré á enterarme de si está aquí Manolo y hablarán ustedes.
Alicia. ¿Diez minutos?
Benito. Ni uno más.
Alicia. Pues ya estoy esperando.
Benito. No, aquí no; pueden venir..., aquí. (La lleva á la puerta lateral derecha, segundo término.)
Alicia. Ni un minuto más; en cuanto pasen los diez, armo un escándalo.
Benito. (Aparte.) ¡Ay!.., que vienen... Adentro... adentro. (La empuja á la habitación y cierra con llave.) A ver si hay vía libre para los otros. (Mutis por foro derecha, volviendo en seguida.) Ahora no

pueden salir; Paulina y Manolo juntos en el jardín; sólo faltan cinco minutos para los diez que me ha dado Alicia de plazo...

ESCENA XI

BENITO y DOÑA SEVERA, por el foro derecha.

Severa. (Aparte.) ¡Ah! Aquí está D. Benito.

Benito. ¿Ha encontrado usted algo?

Severa. Nada. (Dirigiéndose hacia lateral derecha, primer término.) Sólo me queda registrar este lado de la casa.

Benito. (Cerrando el paso.) ¡No!

Severa. ¿No? ¡Ahí está ella! Lo presiento; lo huelo.

Benito. (Aparte.) Pero, ¡qué olfato!

Severa. Suélteme usted ó no respondo de lo que haga. ¡La culpable se tragará esto! (Blandiendo el sombrero con furor.)

Benito. Don Basilio es inocente.

Severa. Entonces, ¿por qué no quiere usted que entre yo ahí? ¡El es; Basilio; lo adivino! ¡Suélteme usted!

Benito. (Aparte.) ¡Doce tiros! (Alto.) En fin, señora; su actitud me obliga á hacerle una confesión.

Severa. ¿Al fin confiesa usted que el culpable es Basilio?

Benito. Sí, señora. (Ve moverse la cortina de la derecha, primer término, y se agacha, cubriéndose con el cuerpo de Doña Severa.) Digo, no señora... ¡El culpable!..

Severa. No abuse usted de mis nervios.

Benito. Es que hay confesiones difíciles, señora.

Severa. Que aun no me conoce usted, D. Benito.

Benito. (Aparte.) ¡Dios mío!

Severa. Acabe usted.

Benito. Pues bien; el culpable... (Se mueve la cortina. Benito se agacha como antes.)

Severa. Pero ¿qué hace usted?

Benito. Que con las emociones... se me doblan las piernas.

Severa. ¿El culpable?

Benito. Pues el culpable es .. (Se mueve la cortina y aparece la boca de la pistola. Benito dice gritando.) ¡¡Yo!! ¡El culpable soy yo!

Severa. ¡Usted! ¿Qué alcance tiene esa afirmación?

Benito. Dos kilómetros..., digo, dos mil veces le juro que soy yo el culpable. Yo solo.

Severa. ¿Usted solo?

Benito. Es decir: yo y ella, naturalmente.
Severa. Entonces, ¿estos muebles?..
Benito. Para mi uso.
Severa. ¿Y este sombrero?
Benito. Para mi uso también. No, para uso de... de la mujer de estos muebles.
Severa. (Tirando el sombrero sobre el diván.) Pero... ¿usted, D. Benito, usted?
Benito. ¿Qué quiere usted, Doña Severa? ¡Contra el amor no hay defensa! Surge dentro de nosotros como un volcán devastador. Ahora está usted tan tranquila, y de repente, ¡püff!, ¡la llama! y luego... ¡la lava!.. y luego... ¡el cataclismo!
Severa. ¿Usted? ¡Parece imposible!
Benito. El amor me ha perdido; yo he sido inocente; yo he sido puro; ahora soy una colilla...
Severa. ¿Y quién es ella?
Benito. ¡Ah! No me lo pregunte usted, Doña Severa; limítese usted á compadecerme.
Severa. Don Benito, mi corazón comprende todas las grandes pasiones. ¡Le compadezco!
Benito. ¡Es bastante! Ahora, señora, déjeme usted solo con mi vergüenza.
Severa. Ya sabe usted que le compadezco. Voy á reunirme con Carlota y Paulinita .. Adiós... (Desde el foro.) ¡Pobre alma enamorada! (Mutis Doña Severa por el foro derecha.)

ESCENA XII

DON BENITO, MARCELA y DON BASILIO, por la derecha, primer término.

Basilio. Gracias, D. Benito; no esperaba menos de usted. (Le abraza.) Gracias. Acabo de inscribirle en el libro de mi gratitud.
Benito. Ya le he visto á usted apuntarme.
Basilio. Prepárese usted, Marcela. Quiero ver si está libre la salida. (Marcela se quita el delantal y se pone el sombrero. D. Basilio hace mutis por el foro izquierda, saliendo con precaución.) Voy á explorar... (Mutis D. Basilio.)

ESCENA XIII

MARCELA y DON BENITO. Luego, OPIÁÑEZ.

Marcela. Caballero, es usted un héroe...
Benito. No merece la pena.
Marcela. No sé cómo demostrarle mi agradecimiento.

Benito. ¡Por Dios, señora!

Marcela. Sí; permítame usted que le abrace.

Benito. Si no es más que eso... (Se abrazan.)

Opiáñez. (Desde la derecha del foro.) ¡Ah! ¡Está soplando el diablo! (Marcela da un grito y se aparta de Don Benito.)

Benito. (Aparte.) ¡Cataplum! Ahora que empezaba á recoger el fruto de mis sacrificios...

Marcela. (A Opiáñez.) Yo te explicaré ..

Opiáñez. ¡Calla! Déjanos solos... Entra aquí... y espera. (La hace entrar por la lateral derecha, primer término, y cierra la puerta.)

ESCENA XIV

DON BENITO y OPIÁÑEZ

Opiáñez. ¡Don Benito!

Benito. ¿Qué?

Opiáñez. ¡Esto hay que lavarlo!

Benito. Lávelo usted.

Opiáñez No admito bromas sobre mi desgracia. ¡Ah! ¡Qué cierto era! ¡El hombre es fuego..., la mujer, estopa!. .

Benito. Pero, doctor...

Opiáñez. ¡Chitón! Le he sorprendido á usted abrazando á mi estopa..., digo, á mi hermana...

Benito. Le juro á usted que...

Opiáñez. ¡Todo inútil! Elija usted armas.

Benito. Pero ¿insiste usted en que haya duelo?

Opiáñez. ¡A muerte! Uno de los dos debe matar al otro.

Benito. El lance es desigual. Usted es médico ..

Opiáñez. ¡Elija usted armas!

Benito. Pero ¡si aquí no hay armas!

Opiáñez. Por la ventana de la casa del jardinero he visto dos escopetas colgadas en la pared.

Benito. ¿Sin testigos? Sería un asesinato.

Opiáñez. Voy á buscarlos.

Benito ¡Esto es un crimen! Yo soy inocente.

Opiáñez. Cuidado con marcharse de aquí antes que yo vuelva. (Mutis Opiáñez por la derecha del foro.)

Benito. ¿Dónde estará ese pozo?

ESCENA XV

DON BENITO y ALICIA

Alicia. (Dando golpes en la puerta.) Abra usted; quiero salir de aquí...

Benito. ¡La otra! (Abre la puerta.)

Alicia. Se me acabó la paciencia.
Benito. Alicia...
Alicia. No espero más.
Benito. Escuche... ¿A dónde va usted?
Alicia. A decirla á esa joven lo que viene al caso; ha de saber quién es su futuro. Manolo me las paga.
Benito. Es usted un Maquiavelo con faldas.
Alicia. ¿Qué es eso? ¿Algún mote?
Benito. Nada, señora... Pero... (Aparte.) ¡Ah! ¡Qué idea!... Maquiavélica... Sí; probemos; la cuestión es salvar á Manolo. (Alto.) Pero vamos á ver, Alicia: ¿qué empeño tiene usted en destruir su propia felicidad?
Alicia. ¿La mía?
Benito. Hay un joven que la ama á usted, que se muere por usted, que la ve en sueños entre paquetes postales y mercancías, mientras respira por él Luisita Reneque.
Alicia. ¡Ah! ¿Jacinto? En algo había de entretenerme en aquel pueblo. Es un pipiolo.
Benito. Pero ese pipiolo, que dentro de tres meses será mayor de edad y entrará en posesión de los treinta mil duros que constituyen su fortuna, puede fundar un hogar... y una... (Aparte.) Ha abierto cada ojo como el disco de la vía.
Alicia. ¿No está también empleado en la estación Jacinto?
Benito. Allí está; vaya usted en seguida, que allí la espera Manolo impaciente.
Alicia. Si me engaña... En fin, iré. (Se dirige al foro.)
Benito. ¡No! Por ahí no; están esas señoras, y no conviene que la vean. (Abre la puerta lateral izquierda.) Siga usted este pasillo hasta la cocina. Allí, á la izquierda, verá usted una puerta que da al campo...
Alicia. Está bien... (Aparte.) ¡Treinta mil duros! A ése le pesco yo. (Alto.) ¿Una puerta?
Benito. Sí. La abre usted y ... (Aparte.) ya está en la fresquera con Jacinto. (Mutis Alicia por la izquierda.)

ESCENA XVI

BENITO y DON BASILIO, por el foro izquierda. Luego DOÑA SEVERA, OPIÁÑEZ, DOÑA CARLOTA, DOÑA PURA, PAULINA, LUISA y MANOLO, por el mismo lado.

Basilio. He tenido que estarme hasta ahora debajo de una mata... Que viene Severa...
Severa. No te escondas. Ya te he visto salir de debajo de una mata, como un conejo.

Basilio. ¡Cuando se acercan los perros!...
Benito. ¡Cataplum!
Severa. ¿No decía usted que no estaba aquí Basilio? Es usted un embustero, y le voy á arrancar una oreja.
Benito. Lo que usted quiera, Doña Severa.
Severa. Y tú (A D. Basilio.), ¿no te da vergüenza? ¿Quién será ella? ¡Alguna pindonga!
Benito. ¡Falso!
Opiáñez. (Entrando.) Aquí tengo dos escopetas. Sígame usted. (A D. Benito.) Uno de los dos tiene que quedarse en el campo.
Benito. Si es por eso, me quedaré yo.
Severa. ¿Un duelo aquí, en mi casa?...
Opiáñez. Le he encontrado abrazando á mi hermana. ¡A Marcela!
Basilio. ¿Abrazando á Marcela? ¡Le arranco una oreja! (Se dirige hacia D. Benito, que huye.)
Benito. Ea; basta ya de insultos. También yo tengo derecho á defenderme. Yo no soy embustero; yo no abrazo á nadie; yo soy una víctima de todos ustedes. (En segunda izquierda se oyen golpes.)
Alicia. ¡Abran ustedes!
Jacinto. ¡Que rompo la puerta de una patada!
Severa. ¡Otra mujer!
Luisa. ¡Y con Jacinto!
Severa. Don Benito, ¿qué hace ahí esa mujer?
Marcela. Venía en busca del doctor Opiáñez, de quien es... antigua amiga...
Opiáñez. Te diré...
Marcela. Ya me lo dirás en casa.
Jacinto. ¡Que rompo la puerta!
Severa. ¡Abra usted, D. Benito!
Benito. (Aparte, abriendo.) ¡Oh, tranquilidad! ¡Si esto era un pozo!

ESCENA XVII

Los MISMOS, JACINTO y ALICIA.

Pura. ¡Alicia!
Luisa. ¡Jacinto!
Manolo. (Aparte á D. Benito.) ¿Qué has hecho?
Benito. (Idem á Manolo.) ¡Salvarte!
Jacinto. Sí, señora, Jacinto, que dentro de tres meses será mayor de edad.
Pura. Y que ya empieza á hacer disparates libremente. (A Luisa.) No llores, niña. A enemigo que huye, puente de plata.
Alicia. (A Benito.) Le perdono. Es usted más listo de

lo que yo creia. Y á usted (Dirigiéndose á Manolo.), sólo un aviso como de amiga. Con los trozos de la cadena que acaba usted de romper, le sujetarán á la pared del comedor de su nuevo hogar. ¿Vamos, Jacinto?

Jacinto. (A Benito.) También le perdono; pero como vuelva usted á ocuparse de esta señora para nada (Por Alicia.), ¡le arranco una oreja! (Mutis Jacinto y Alicia por el foro.)

Benito. Lo siento, pero ya tengo las dos comprometidas. (Abre la puerta del primer término derecha, y sale Marcela.) Y usted, señora, y usted, Don Basilio, ahora ó nunca. ¡A casarse tocan!... y... ¡viva la libertad!

Severa. (A D. Benito.) ¡Ha hecho usted de tapadera!

Benito. Para que no se me evapore el cocido.

Carlota. Manolo, ¿qué significa lo que te dijo esa mujer?

Paulina. Tiene razón: esas cadenas pueden ser el amor... y el arrepentimiento. Ya nos entendemos, ¿verdad, Manolo?

Manolo. ¡Paulina! (La abraza.)

Benito. Y ahora, señores... ¡á casita! y á preparar esas bodas, sin olvidarse de este invitado, que por ahora se queda en el campo, para dar gusto al doctor.

Opiáñez. ¿Y yo? ¿Quién me pondrá las zapatillas?

Benito. ¡Calma espiritual! ¡Tranquilidad moral!... y *¡Morfeína!* Déme usted el brazo, doctor, y salgamos de la Quinta de los Narcisos.

Severa. ¡Pobre D. Benito!

TELÓN

Obras del mismo autor

Guillermo Tell. Pasatiempo cómico-lírico en un acto, música del maestro Peña.

¡¡La peseta enferma!! Revista simbólica fantástica en un acto, música del maestro Chapí.

El Kso Bnítz. Revista cómico-lírica en un acto, música del maestro Brú.

El pobre Don Benito. Juguete cómico en tres actos.

~~~~~~~~

Cuentos maravillosos y cuentos cómicos. Un tomo. Títulos de los cuentos que contiene: *La moderna Dalila.—El suero de Quiñones.—El anarquista —El conformador.—Al pie de la letra.—Una aventura arqueológica.—El hombrecillo de confetti.—La pluma dorada. - Los regalos de Muley-el-Arbi.—Las distracciones de Mirilla.*

La Mary. Novela corta, seguida de los cuentos titulados: *La Zarabanda.—El Pintao.—La Nena.* En un tomo.

~~~~~~~~

Cuadros de historiografía española. Un tomo.

Notas biográficas de españoles ilustres.

~~~~~~~~

Novela en preparación

El hotel de «La Borracha». *(Historia de una familia.)*
~~~~~~~~